

LA MODA.

REVISTA SEMANAL DE LITERATURA, TEATROS, COSTUMBRES Y MODAS.



Este periódico se publica todos los Domingos. En el número 1.º de cada mes se reparten cuatro láminas, representando, unas, las últimas modas de París, otras, Patrones para bordados, cortes de vestidos, etc., ó bien lindos dibujos de tapicería ó en Crochét. Precio de la suscripción 10 reales al mes, lo mismo en Cádiz que en los demás puntos de la península.

UN NIDO DE PALOMAS.

NOVELA ORIGINAL

POR

LA SEÑORA DOÑA MARIA DEL PILAR SINUÉS DE MARCO,

(CONTINUACIÓN.)

XIII.

LA VELADA.

Malvina, después de dejar la luz, cerró las maderas del balcón de la derecha y luego se aproximó al de la izquierda, en el cual estaba apoyada Blanca, para cerrarle también.

—Os habeis paseado á vuestro gusto, verdad, señorita Malvina? dijo Blanca haciendo una cortesía que puso su estatura al nivel de la exígua talla de la jorobadita.

—No, señorita, contestó dulcemente la niña: no he paseado nada: ¡si supiérais qué frío hace para pasear!

—Pues en dónde has estado? preguntó á su vez María en tanto que colocaba el velador del centro de la sala cerca del sitio donde estaba sentada Ofelia.

—Me entretuvo Rosa, señorita, contestó la jorobada cerrando el balcón que ya le habia dejado libre Blanca.

Luego añadió:

Rosa me encontró en la calle: iba á llevar un hermoso canastillo de ramilletes á casa del conde D.... que da un baile esta noche: las flores eran para el tocador de las señoras, y á fin de que estas puedan cambiar las que se marchiten de su *bouquets* y su peinador.

Ofelia dejó á este tiempo su sillón y acercó al velador una silla bajita para ella y otras dos para sus hermanas.

—Dios mío! qué aturdida soy! exclamó Blanca corriendo hácia Ofelia y quitándole de la mano una de las sillas.

—Por qué? preguntó Ofelia sonriéndose.

ENERO.

—Estás mala y te dejo traer las sillas!.... perdóname, hermana!

Ofelia, por toda contestación, selló la frente de la niña con un beso; y ocupó su silla llevando la mano á sus sienes con un ademán de sumo y concentrado sufrimiento.

—Qué pálida estás, Ofelia! exclamó Gloria, poniendo cerca del velador una canastilla de labor llena de costuras y bordados.

Sonrióse de nuevo Ofelia; pero su sonrisa era violenta y se conocía que dictada solo por el deseo de disipar las inquietudes de sus hermanas.

—Me siento bien, dijo con dulzura; pero vosotras os habeis empeñado en alarmaros y alarmarme también: ea, añadió: tomemos la labor.... pero, qué veo? Blanca, ve á ponerte tu esclavina.

—No tengo frío, contestó la niña haciendo un gracioso mohín.

—Eso no importa: esta noche hiela mucho y toserás.

—Pero tú tampoco llevas abrigo ninguno, Ofelia, repuso Blanca; y eso que estás mas delicada que yo.

—Ay, Dios mío! ¿cómo lo ha de llevar si me ha dado á mí su esclavina? dijo Malvina con acento de profunda emoción: después añadió con timidez: Si no la hubiera yo usado ya, señorita Ofelia, os rogaría que la tomáseis de nuevo.

—Te la dí porque te hacia mas falta que á mí, dijo Ofelia, y por lo tanto te ruego que la lleves siempre.

—Pues á mí me hace daño la esclavina viéndote á tí desabrigada, dijo Blanca: esta es la razón de no ponérmela, que no lo dejo de hacer por gana de desobedecerte, hermana.

—Vamos, te la pondrás ahora mismo si quieres darme gusto, Blanca: yo soy la mayor y por consiguiente la mas fuerte de las cuatro. Malvina es la mas pequeña y mas débil de todas, y por lo mismo le hacia falta mi esclavina.

—Por qué no le has dado la mía? dijo Blanca.

—O la mía, añadió María.

—Porque las necesitáis.

—Pues yo no la llevaré como no hagamos un convenio, dijo Blanca con su obstinación de niña mimada.

—Veamos el convenio.

—Que hemos de llevar la mia un día tú y otro yo: tú te la pondrás esta noche.

—Yo pido lo mismo, añadió María: llevaremos mi esclavina por su turno las tres: mañana se la pondrá Blanca.

—Convenido, dijo Ofelia con su dulce y apacible sonrisa: tráeme tu esclavina Blanca, y pongámonos á trabajar que ya hemos perdido un cuarto de hora.

Blanca entró en una de las alcobas que ocupaba con María, y sacó su esclavina que echó sobre los hombros de Ofelia, abrochándosela cuidadosamente, mientras Malvina, despues de haber arreglado las sillas, salia de la salita.

Las tres jóvenes ocuparon sus asientos en torno del velador y se pusieron á trabajar á la escasa luz de su misero velon.

—Dame mi bordado, Ofelia, dijo María á su hermana, quien le alargó un pañuelo de espumosa y trasparente batista: mas al mismo tiempo que fijaba en él sus ojos exclamó dolorosamente:

—¡Gloria, tienes que hacer calados... de noche... y con esta luz! Dios mio, Dios mio, vas á quedarte ciega!

—No te acongojes, hermana; repuso la jóven intentando encubrir bajo una sonrisa la angustia que se pintaban en sus preciosas facciones: todo se reduce á gastar mas tiempo; pero haré los calados y no temas que salgan mal.

—A costa de inmenso trabajo! murmuró Ofelia, mientras dos gruesas lágrimas, desprendiéndose de sus ojos, rodaban por sus blancas mejillas.

—Vengan los calados, dijo alegremente Blanca: yo los haré y Gloria acabará mi peinador.

—Tienes tú, por ventura, mejor luz que yo?

—No, repuso la niña; pero tú llevas tres días de hacer calados y yo he cosido liso: vaya, cambiemos.

Y la voluntariosa niña asió el pañuelo y echó sobre las rodillas de su hermana un peinador casi concluido y cuyas mangas estaban orladas de riquísimos encages.

En seguida se acercó la luz, la atizó con una horquilla y la inclinó hacia delante para que luciese mejor, mas de repente lanzó un grito de angustia.

—¿Qué tienes? preguntó Ofelia asustada.

—¡Ay, Dios mio! el velon está casi sin aceite... ¿cómo trabajaremos?

—No asustarse; señoritas; dijo Malvina entrando en la estancia con el ramo de camelias en la mano: tengo dos velas allá dentro.

Las últimas palabras de la jorobada no fueron oídas por ninguna de las tres hermanas, que habian lanzado un grito de alegre sorpresa al ver las flores arrojándose todas hacia Malvina.

—¡Oh, qué hermosas! exclamó Ofelia tomando el ramillete.

—¡Qué bien estarían dos de ellas entre mis cabellos! murmuró Blanca.

—¡Qué buena es Rosa! dijo á su vez Gloria.

Estas tres exclamaciones pintaban la cualidad distintiva del carácter de las tres jóvenes.

En Ofelia, el sentimiento de lo bello.

En Blanca, la coquetería.

En Gloria, la bondad.

—¿Dónde has encontrado á Rosa? preguntó Gloria.

—Voy á dejar arreglada la cena y me vendré á coser, dijo la jorobada.

—Y mientras trabajamos nos contarás lo que te ha dicho Rosa, añadió Blanca.

Desapareció Malvina y las tres jóvenes se pusieron á trabajar con afán.

No obstante, un observador curioso hubiera podido reparar que Ofelia dejaba caer de vez en cuando su labor como desfallecida, llevándose una mano á la frente como si la sintiese abrumada de dolor.

Sus hermanas, absortas en trabajar con la mayor prisa posible, nada advertían.

—Mañana vamos á cobrar mucho dinero, mucho! dijo María manejando su aguja con una asombrosa rapidez: lo menos seis duros!

—Debemos cuatro al casero, repuso tristemente Blanca.

—Bah? Se esperará otro mes.

—Y le deberemos ocho.

—¡Calla, por Dios! murmuró María acercando su linda cabeza al oído de su hermana: no recuerdes nuestras deudas, Blanca ¡No ves que Ofelia necesita un médico?

Blanca hizo un signo afirmativo, y una lágrima asomó á sus ojos.

—Ya está aquí Malvina, dijo María volviéndose hacia la puerta, por donde en efecto entraba la jorobada, para disimular su conmocion.

—Y que traigo muchas cosas que contar, dijo la niña!

—Ea, pues siéntate y empieza: ya se vé, como tú eres la única que se pasea, en tanto que nosotras estamos aquí siempre metidas!

Blanca, al decir esto, echó sobre las rodillas de la jorobada una pieza de tela blanca, en la cual se puso á coser Malvina con actividad.

—Pues señor, empezó esta, cuando fuí á llevar las camisas al almacén iba yo muy contenta; pero cuando salí, salía muy triste.

—Pues qué te pasó? preguntó Blanca.

—¡Ay, señorita! Que los judíos de los almacenistas no me quisieron dar mas que la peseta que restaba del adelanto que nos hicieron la semana pasada.

—Entonces no has traído nada para que cene Ofelia? exclamó María en voz baja, pero con profundo terror.

—¡Cómo se entiende, señorita! Vaya! He traído arroz, huevos frescos, miel blanca y dos panecillos! item mas; dos velas para trabajar hasta que se concluya la labor y poder cobrar mañana mucho dinero.

—¿Con una peseta has comprado todo eso? exclamó Blanca sonriendo con malicia: bah! bah! No lo creo.

—Si ahora está todo muy barato... casi regalado!.. vaya! Pues ¿con qué habia de comprar sino tenia mas dinero? Mire V. yo ando y busco lo que tiene menos precio y corro plazuelas... y tiendas...

y... y luego como me ven así... jorobada... y tan fea... me dan casi de valde las cosas!

La generosa criatura esplotaba su propia deformidad en beneficio de las huérfanas; aquella deformidad que tan cruelmente la atormentaba, pues la hacia el blanco de las burlas de todos.

Al penetrante talento de Malvina, talento que iba unido á una percepcion esquisita y propia solo de los pobres seres que se la asemejan, á su claro talento, digo, no se escapaba tampoco que estaba privada para siempre de todos los goces y de todas las consideraciones de la vida.

Ofelia comprendió todo lo que habia de heroico en las palabras de Malvina, aun sin saber de donde procedia el socorro inesperado que les ofrecia; y por un movimiento espontáneo tomó entre sus manos la cabeza de la pobre niña y estampó en su frente dos tiernos besos.

Arrasáronse de llanto los ojos de Malvina, al sentir aquella dulce caricia y besó á su vez la blanca mano de la jóven.

XIV.

LA SOMBRA DE LA PRINCESA.

—Sabremos lo que te ha dicho Rosa? preguntó impaciente Blanca.

—Como digo, señorita, continuó la niña, iba yo muy triste, y al doblar la calle del Príncipe, ví de lejos á Rosa parada en una acera... ¿con quién direis?

—¿Con quién? preguntó María.

—Con aquel señor tan hermoso que todos los dias la espera cuando sale de aquí y que nos ha dicho que es....

—El marqués de la Oliva; dijo Blanca.

—Justamente ese; pues bien, cuando yo llegaba á ellos, ví que el señor marqués daba á Rosa una moneda de oro... así, muy reluciente y bonita.

—Ah! ya! dijo cándidamente María; seria de ochenta reales; como aquellas tres que envió á Ofelia aquella señora por el traje de bautismo que bordó á su niño.

—Sí, sí, lo mismo que aquellas. Rosa la rehusaba y decia: *misté*, señorito, yo no he hecho nada *pa* tanto dinero: tomaré un *durejo* porque no crea usía que es desaire y servirá *pa refrescal* con mi Curro; pero tanto ni por pienso!

—Yo soy muy rico, respondió el señor marqués.

—Ea que nó! replicó Rosa.

Pero, al fin, tanto instó el otro que Rosa tomó la moneda y se la guardó.

Entonces me acerqué yo.

—Hola, chical! me dijo Rosa: me alegro de verte, porque me ahorras un viage al *distierro* de tu casa.

En seguida puso en el suelo un hermoso canastillo de mimbres blancos que llevaba lleno de ramilletes y empezó á elegir.

Ninguno le parecia bastante bueno y los sacó

todos poniéndolos sobre la acera: por fin, encontró éste y me dijo:

—Toma, para la señorita.

—Pero por qué me dais el mas hermoso? le pregunté.

—Bah! cuando se dá una cosa, se dá lo mejor; y además, hay algo que sea bastante bueno y bonito para la Señorita María?

—Por qué la quereis tanto?

—Qué se yó! tiene un *aquel* y un.... desde aquel dia en que la *probecita* quiso comprarme flores y yo la insulté porque no tenia dinero para pagarlas tan caras como yo las vendia, la quiero mas que á mi vida: luego tiene esa cara de ángel...

—Pero tan hermosas lo menos son las otras y no las quereis tanto.

—*Verdá* es: pero es que á las otras no las he hecho yo llorar como á la señorita Gloria.... y con qué paz y con qué dulzura contestó á mis insultos!.. cuando se lo conté á Curro casi me mata de un palo!

—Animal, me dijo; si tienes un geniazol!.. cuando nos casemos te he de zurrar hasta que te dome!

—Calla, hombre, le respondí: ya he preguntado á la corcovadilla que la acompañaba, donde viven y ahora voy á llevar á la señorita el ramo que le gustó.

—Y todos los dias le llevarás otro igual: ¿estamos?

—Como quieras; pero sabes que un usía que presencié mi conversacion con la señorita *dende* la puerta del café de Levante se empeñó en comprar-me todos los ramos.

—Como te vea *gastar palique* con un *futraque* te *afosilo*.

—Y quién le gasta? Pues *miste* qué!

María y Blanca soltaron la carcajada al ver la propiedad, y donosura con que Malvina remedaba á Rosa y á Curro, atiplando la voz para imitar á aquella y ahuecándola para imitar á este.

En cuanto á Ofelia no hizo mas que sonreir con aquella espresion penosa que cada instante revelaba un padecimiento mayor aunque valerosamente contenido.

—Rosa me dijo, continuó Malvina, que el caballero que le habia querido comprar todos los ramos era el marqués de la Oliva.

Tambien á mí me lo dijo el otro dia, añadió Blanca y me lo enseñó, pues al mismo tiempo pasaba por aquí.

En aquel instante el toque de una campana del convento de las religiosas capuchinas indicó que eran las ocho.

—Dios mio! Ofelia, qué pálida estás! exclamó María que, por casualidad, habia fijado los ojos en su hermana.

—Es que no ha comido nada; repuso Blanca. Malvina vamos á cenar.

María y Blanca desocuparon el velador y la jorobada sacó un mantelillo muy blanco que estendió sobre él.

Blanca la ayudó en seguida á traer lo necesario para acabar de poner la mesa, en tanto que Gloria

pasaba su pañuelo por la frente de su hermana, bañada de helado sudor.

Blanca puso sobre la mesa cuatro cubiertos de boj y algunos platos de loza ordinaria y Malvina trajo un plato de arroz humeante y los cuatros huevos, donativo de la señora Antonia.

Las huérfanas hacían sentar á su mesa á la pobre Malvina, pues ya he dicho que la trataban como á una hermanita menor.

Sentáronse María y Blanca y esta última empezó á partir el pan, en tanto que Malvina corría en busca de la miel.

Mas un doble y terrible grito la hizo volver temblorosa y asustada.

Ofelia había caído desplomada desde su silla al suelo: á sus lados Blanca y María pugnaban inútilmente por levantarla.

Arrojóse Malvina de rodillas junto á las dos hermanas viniendo su triste llanto á aumentar la desolación de aquel grupo.

En aquel instante llamaron con fuerza á la puerta de la calle, pero las pobres jóvenes no se apercibieron de ello.

Ofelia seguía en el suelo: la debilidad de aquellas tres infelices criaturas no alcanzaba á mover aquel cuerpo rígido y helado, como si le hubiera invadido la muerte.

De súbito sonaron pasos en la escalera y un instante despues llamaron á la puerta de la habitación.

Malvina abrió maquinalmente, sin cuidarse de preguntar quien era y el señor Martin apareció en el umbral seguido de dos hombres embozados en largas capas.

—Señoritas, dijo el honrado zapatero; estos dos caballeros desean veros; yo estaba trabajando, oí llamar y bajé á abrir... pero ¿qué es eso? Se ha puesto mala otra vez la señorita Ofelia? ¡Bien, digo yo que tanto atarearse!

El honrado zapatero dejó su luz sobre una cómoda é iba á levantar del suelo el cuerpo inanimado de Ofelia, mas al volverse vió á uno de aquellos hombres que había acompañado despojándose de su capa para egecutar lo mismo que él quería hacer.

Bajo aquella capa apareció la serena y hermosa figura del Príncipe de Cellemare.

Arrojó también el sombrero, que ocultaba sus facciones, luego levantó el cuerpo de Ofelia y le depositó en el lecho que Gloria le señalaba.

Ofelia quedó inmóvil, blanca y hermosa como una estatua de alabastro caída sobre una tumba.

Cruzóse el Príncipe de brazos: contempló la adorable figura de Ofelia y murmuró en voz queda y temblorosa:

—¡La sombra de mi madre!

XV.

EL DOCTOR.

Mientras que el Príncipe permanecía absorto mirando á Ofelia, otra escena muy distinta tenía lugar en el fondo de la estancia.

El otro embozado que había subido con el Príncipe se había desembarazado igualmente de su capa y de su sombrero, arrojándolo todo sobre una silla.

Al verle se acercó Malvina á Blanca y le dijo al oído:

—El Marqués de la Oliva!

Mas la pobre niña no la oyó, absorta en la aflicción con que contemplaba á su hermana privada de sentido.

Gloria, por el contrario, había fijado maquinalmente sus ojos en el semblante del recién llegado y un subido carmín coloreó sus blancas y transparentes megillas.

Había reconocido en él al hombre que sin cesar la seguía y se presentaba ante sus ojos.

Desde el día en que había querido comprar á Rosa su primer ramillete veíale en todas partes: si se acercaba al balcón, le encontraba situado en la acera de enfrente: si salía para entregar labor con Malvina ó alguna de sus hermanas, le encontraba siempre; y muchas veces la imagen de aquel hermoso joven se había mezclado al insomnio, producido por el exceso del trabajo ó por la falta de alimento, pues aquellas pobres niñas habían sentido con frecuencia los rigores del hambre.

El Marqués débil aun y pálido, pues estaba convaleciente de su herida, se dejó caer en el sofá y apoyó la megilla en la mano pareciendo reflexionar profundamente.

En tanto el Príncipe saliendo de su contemplación, había acudido al socorro de Ofelia, á cuya nariz acercó su pañuelo impregnado de un fuerte perfume.

Ofelia hizo un movimiento, y el Príncipe volviéndose vivamente hácia las personas que había á su espalda, dijo con voz fuerte:

—Un médico!

El señor Martín puso en movimiento sus largas piernas; pero María con los ojos arrasados de lágrimas y las manos cruzadas le cerró el paso.

—No tenemos dinero! murmuró con voz tan ahogada que solo el anciano pudo percibirla.

—¿Y qué importa que no haya dinero? repuso este con acento decidido y con aquella impremeditación propia de las personas en quienes la educación no ha modificado los trasportes del alma: ¿no faltaba mas, si no que pudiendo yo trabajar aun, careciese la señorita de un buen facultativo!

Esto diciendo salió apresuradamente en tanto que el Príncipe contemplaba á Blanca y á María de la Gloria con un interés, á través del cual se traslucía una profunda pena.

La contestación del zapatero le había iluminado acerca de lo que la joven podía haberle dicho.

Contemplaba, pues, aquella habitación en la cual el buen gusto luchaba con la miseria de un modo tan enérgico: aquella pobre cena cuyos manjares no sabía él que existiesen; el mas que modesto lecho en que estaba acostada Ofelia, y sobre todo las abatidas figuras de Blanca y de María, quienes solo contenían su llanto por un efecto de su dignidad y de su orgullo.

Las desgraciadas niñas, absortas en su pena, ni habían advertido el espionaje del Príncipe, ni tampoco la malvada alegría que se retrató en las facciones del Marqués al contemplar su indigencia y abandono.

Ofelia había vuelto á cerrar los ojos; Blanca y María, inclinadas una á cada lado del lecho, se asemejaban á las estatuas del dolor y de la tristeza.

El Príncipe se acercó á Gloria y le rogó con dulzura que le oyese algunas palabras en particular.

La joven dócil como un corderillo, y cediendo á la confianza que le inspiraba aquel hombre de aspecto tan grave y noble, le siguió cerca de uno de los balcones.

—Señorita, dijo Cellemare: yo he sido uno de los admiradores de vuestro padre, y además uno de sus amigos: artista, como él, pero de una nación estrangera, me hallé en Madrid hace seis años sin recursos y sin medio alguno de subsistencia. Vuestro padre ocurrió con la mayor generosidad á mi pobreza, y me facilitó la cantidad que necesitaba para terminar el cuadro que estaba pintando y poder regresar á Roma donde debía venderle. Mucho tiempo os he buscado á vos y á vuestras hermanas, señorita; continuó el Príncipe: anoche supe por fin donde os hallábais y he venido á satisfaceros la deuda que contrage con vuestro padre, de cuya muerte tuve noticia en Venecia con profundo sentimiento.

El Príncipe al decir estas palabras con voz conmovida, presentó á María un bolsillo de seda verde, á través de cuyas mallas brillaban muchas monedas de oro; pero su aptitud era tan respetuosa como si hubiera demandado un favor de gran valía.

Gloria alzó los ojos al cielo con espresion de indecible gratitud y sus labios se movieron como si rezase.

—Gracias, señor! dijo con voz trémula y oscurecida por las lágrimas que contenía con trabajo: no sabeis el bien que nos habeis hecho acordándoos de nosotras, pobres huérfanas desvalidas!... al amigo de nuestro padre, puedo decírselo todo.... señor, vuestra noble conducta salva á mi hermana de una muerte cierta, pues hace mucho tiempo que está enferma, sin que nuestra indigencia nos haya permitido poner los medios que pueden curar su mal!

El Príncipe no respondió á estas tristes palabras, contentándose con mirar á Ofelia con marcado enternecimiento.

La llegada del médico, que venia acompañado del señor Martin, hizo variar la situación: el Príncipe, para evitar á María la penosa acción de tomar

su bolsillo, le colocó sobre una cómoda y se acercó con la joven al lecho de su hermana.

El doctor asió la helada mano de Ofelia, aplicó el oído á su pecho y tocó sus sienes bañadas con el sudor de la congoja.

—Aquí no hay mas que debilidad y sufrimientos morales; dijo en voz baja: esta señorita debe haber padecido de espíritu mas de lo que puede sobrellevar una edad tan tierna.

El médico pronunció estas palabras con un acento afectuoso, casi paternal: mas, al fijar sus ojos en las hermosas figuras de Cellemare y del Marqués, anublóse su frente y una sonrisa amarga asomó á sus labios.

—¿Qué debemos hacer, señor doctor? preguntó, ansiosamente Blanca siguiéndole fuera de la alcoba.

—Nada tengo que recetar, querida; respondió el médico con frialdad: contra las causas que motivan el mal de esa joven no tiene la ciencia remedio alguno.

El doctor se dirigió á la puerta, mientras que la pobre niña rompía á llorar amargamente.

—Nombradme la enfermedad de esta joven; señor doctor; dijo severamente el Príncipe saliendo al encuentro del médico.

—¿Sois su amante? preguntó tristemente el médico, que era un anciano de grave y digno aspecto.

—No señor, contestó con firmeza el italiano.

—Sois su esposo?

—No!

—Su hermano?

—Tampoco.

—Entonces bien puedo deciros la verdad.

—Decid! a.

—El mal de esa joven es.... disolución!

—¡Doctor! gritó Cellemare con voz terrible.

—¿Qué queréis? contestó el médico volviéndose desde el umbral.

—Ved que no sabemos á quien infamamos, vos profiriendo esas palabras y yo escuchándolas!

—Podrá ser que no sepais vos quienes son estas jóvenes: yo tampoco lo sabia al venir; mas desde que las vi, conocí que estaba en el famoso *Nido de Palomas*.

—¿Qué queréis decir?

—No habeis oído hablar desde que estais en Madrid, porque vuestro acento me hace comprender que sois estrangero; no habeis oído hablar del *Nido de Palomas*?

—Sí... ¡oh... sí exclamó sordamente el Príncipe llevándose las manos á la frente.

—En él os hallais, pues; dijo el médico, bajando la escalera con Cellemare que le siguió gritando como un loco:

—¡No.. no!.. No puede ser esa mujer la sombra de mi santa madre!..

(Se continuará.)

LAS SIETE VIRTUDES CAPITALES.

NOVELA ORIGINAL

DE

*Doña Robustiana Armiño de Cuesta.***Contra Gula Templanza.***Dedicada al Excmo. Sr. D. Fernando Rubin de Celis.*

PRIMERA PARTE.

(CONTINUACION).

V.

LA SOBERANA.

"Let-us think of them that sleep,
Full many a fathom deep,
By the wild and storm, steep."

F. Cooper.

Gumersinda y María Joaquina eran dos hermanas huérfanas, hijas de un pobre labrador, y á quienes una de sus parientas, pobre tambien, habia recogido por caridad.

María Joaquina entró por influjo del señor cura y siendo todavía muy niña, á servir en casa de los señores condes de Santarua, residentes entonces en Oviedo, donde merced á sus buenas disposiciones, aprendió á leer y escribir, ascendiendo á los pocos años á la categoría de doncella mayor.

Gumersinda que no sabia leer ni escribir, ni hacer otra cosa que cocinar, salar, (1) tirar de la rueca y majar lino, se consideró muy dichosa aceptando por marido á un pobre pescador del gremio de Candas, al que ayudaba en las faenas de la pesca puramente materiales, y creyó estender mucho sus conocimientos, revendiendo algunas canastas de fruta que colocaba cuidadosamente en la plaza, y sacando de su nueva industria una utilidad que por lo exígua pudiéramos llamar negativa.

Su carácter irascible y gruñidor, la facilidad con que la cólera inflamaba su rostro, y sobre todo la rapidez con que se producía en las continuas reyertas que tenia diariamente con las pescadoras, le habian merecido el apodo muy significativo para el pais de la "Polvorosa"

Aunque nacidas bajo un mismo techo y alimentadas por la misma madre, las dos hermanas eran tan distintas en sus rasgos físicos como en sus prendas morales.

María Joaquina aunque menor, habia ejercido siempre un gran ascendiente sobre su hermana; el ascendiente lejítimo que ejerce toda persona dotada de claro talento natural, sobre otra que desconocien-

(1) Cultivar el maiz.

do toda idea de dignidad, se avasalla sin motivo, acata por costumbre las disposiciones que se le dictan y desciende sin saberlo hasta los últimos límites de la abyección.

María Joaquina dotada de una gran vivacidad, tomaba fácilmente las costumbres aristocráticas que la rodeaban, aprendía sin dificultad todas las labores que ejecutaban sus ilustres señoritas, modelaba todos sus trages por los de la señora condesa, se peinaba á la moda y llevaba con mucha gracia su mantilla de velillo negro, que la envolvía como un gran manto.

La Polvorosa gastaba en todo tiempo basquiña, jubon y mantilla de bayeta negra, y envolvía constantemente su pequeña cabeza en un pañuelo de algodón oscuro sobre el que se colocaba en todas estaciones un gran sombrero de paja de anchas alas, fabricado en el mismo concejo de Carréño y con el cual se resguardaba del sol al pié de sus canastas de fruta.

Su hija Elena, ahijada de María Joaquina, era una hermosa y simpática criatura que su madre abandonaba de buena fé entre los pilluelos de la playa, y que merced á su carácter pacífico y poco expansivo, prefería pasar las horas acurrucada entre los cestos de la fruta, sufriendo las impertinencias de su madre, que no se encontraba contenta sin gruñir y que no la designaba por otro nombre que el de "El Huron."

El padre de Elena, conocido por "Boca de Muil" y cuyo nombre de bautismo ignoramos, habia aceptado á beneficio de inventario, el apodo de Elena convirtiéndole en nombre de cariño y designándola con él siempre que la estrechaba entre sus nervudos brazos, ó la conducía en su lancha á dar una bordada sobre las olas.

Nada comparable á la alegría que experimentaba Elena al encontrarse en medio de aquel mar inmenso como su pensamiento, grande como su alma, poderoso como su voluntad.

No conociendo todavía palabras que espresasen todo lo que experimentaba al encontrarse fluctuando entre el cielo y la tierra, su labio gentil murmuraba misteriosas oraciones; sus manecitas juntas se elevaban con un hermoso sentimiento de gratitud hácia el cielo, y aquella niña de diez años, que nadie se habia tomado el trabajo de iniciar ni aun en las primeras nociones de la religion, adivinaba por su alma perfecta é inteligente toda la grandeza, toda la omnipotencia de Dios.

"Boca de muil" contemplaba entonces á su hija con un respeto casi religioso, contemplaba su frente ancha y despejada, radiante de alegría, veía dilatarse sus pupilas que abarcaban la inmensidad, moverse sus labios en silencio como si conversasen con los espíritus del mar, y por sus mejillas llenas de surcos y azotadas por las tempestades rodaba una lágrima de ternura, que se apresuraba á enjugar con el dorso de su mano callosa, como si la considerase una culpable y vergonzosa flaqueza.

María Joaquina en tanto cautivaba con su alegría y su vivacidad los corazones de cuantos tenían la dicha de tratarla con intimidad, y á despecho

de cuantas reflexiones le hicieran sus señores, se empeñó en dar su mano al sacristan de Albandí, antiguo amigo de la niñez y que era sin duda alguna un "currutaco" de los mas almibarados del valle de Carreño.

D. Santiago, que así se llamaba el sacristan, aunque conocido vulgarmente por "Mingo Buracos" gastaba siempre un buen traje negro, abrochado el jubon con botones de plata, teniendo además para los asuntos de iglesia un rico trage talar, que superaba con mucho al del señor cura.

D. Santiago rumiaba el latin, gastaba siempre alza-cuello y tenia humos de gran señor, como que habia sido page del señor canónigo Doctoral de Oviedo; pero en la época de su casamiento pasaba ya de los cuarenta.

María Joaquina que solo contaba veintinueve años, ejercia sobre su marido un poder omnímodo, y se entregaba de lleno á su pasion favorita nacida de la proverbial abundancia de la casa de Santarua.

Encargada la jóven doncella del cuidado de la despensa, criada en la mas espantosa escasez, dió rienda suelta á su apetito, sin aperebirse de que poco á poco se enredaba en la golosina y que de la golosina á la intemperancia no hay mas que un paso.

Era Mingo muy aficionado á la pesca y no sabiendo como recompensar al señor cura el buen matrimonio que le habia negociado, pasaba los dias enteros en las peñas de Entrellús, atisbando, "botones y roballizas" para el señor cura y "Julias" y "barbadas" para su consorte. (1)

María Joaquina, á quien el señor cura habia mirado siempre con mas predileccion que á Gumer-sinda, investida ahora del título, tan envidiado en Albandí, de sacristana de la parroquia, contrajo con él una sincera y leal amistad, tan íntima, tan franca, tan entusiasta que cualquiera otro que no fuera el honradísimo "Mingo Buracos" se hubiera dado muy malos ratos, pensando en el cómo y cuando de aquella germanía.

Pero el sacristan que conoció muy bien las inclinaciones de ambos amigos tomaba pan por paces, seguro de que no era su honra la que peligraba en aquellas citas, en aquellos conyites y aquella familiaridad, que de otro modo hubiera picado en historia.

El señor cura por su parte, como en nada le recordia su conciencia, decia á cuantos querian oírle, que Mingo Buracos era el sacristan mas notable que habia tenido la parroquia, y su mujer era una dama muy discreta, á la que amaba tanto como al sacristan y un poco mas que á su ama la señora Pepa de Rica, á la que nunca se olvidaba de comparar con el humo y cuyos arrebatos le hacian buscar refugio en los umbrales de la jóven y erudita sacristana.

(1) Entrellús; grandes peñascos que guarnecen la costa del mar cerca de Albandí. La etimología de este nombre, Entre-luz, nos es desconocida.

En el fondo del despeñadero hay una pequeña playa ó ensenada, á donde pueden llegar embarcaciones menores.

Un dia, Mingo Buracos salió á pescar á Entrellús y no volvió: al dia siguiente levantaron su cadáver que yacia destrozado en el despeñadero, y le enterraron en Albandí con toda pompa, acudiendo los primeros á consolar la viuda, el señor cura y el nuevo sacristan "Gorin de Provecho" gran pescador y amigo íntimo del difunto.

Nada mas fácil para María Joaquina que volver á ocupar su puesto en casa de sus amos; pero la jóven viuda que hallaba preferible con mucho la vida independiente, y que á fuer de viuda y jóven empezaba á aburrirse en la soledad de la aldea, desapareció de la noche á la mañana, trasladando con gran asombro del cura y del sacristan sus reales á la villa de Candás y planteando allí una escuela que no se llamaba entonces "Normal," ni cosa parecida; pero á la que, merced á la recomendacion de sus antiguos señores, concurrían todos los niños y niñas, cuyos padres podían desprenderse de dos reales al mes.

En vano trató el antiguo maestro y sacristan de contrarestar aquel terrible influjo, no solo los ricos llevaban sus hijos á casa de la Soberana, sino que hasta los pescadores que no comían nunca "puchero limpio" hacían un esfuerzo, y vendían sus quijones para pagar á la maestra de moda, quedando solo para el pobre Domine, unos cuantos niños miserables y andrajosos, que por el estipendio de seis cuartos mensuales, recibían en el atrio de la iglesia sendos azotes al aire libre y tal cual leccion de cartilla, hasta llegar á lo que se llama en Asturias "soletrar," (1) época, en que dando por concluida su educacion, cambiaban la cartilla por la red ó la azada.

María Joaquina ejerció en Candás una soberanía de las mas absolutas, y aun pudiéramos añadir de las mas legítimas, pues era realmente toda una notabilidad para aquellos sencillos habitantes.

La nueva maestra sabia leer correctamente, escribir alguna cosa, contar de memoria con prodigiosa facilidad, hacer media, coser y tejer cadenas de pelo y abalorio, lo que le daba la supremacía sobre la mayor parte de las hembras del concejo, que merced á las costumbres patriarcales que fuera de los grandes centros imperaban en aquella época, se dedicaban en su mayor parte á la rueca ó la calceta, escepto tal cual moza contrahecha que entonces como ahora se criaba para costurera.

Como si la fatalidad hubiese querido nivelar en algo á las dos hermanas, á los dos meses de haberse establecido en Candás la Soberana, quedó tambien viuda la pobre Polvorosa, viéndose así privada del recurso de la pesca y atendida únicamente á las exiguas utilidades de su oficio de frutera.

Boca de Muil habia salido á pescar obligado por la necesidad, en una mañana cuya aurora asomaba envuelta en nubes encendidas, precursoras casi siempre de la tempestad, en una de esas mañanas que han hecho decir á Byron:

"Erison as those clouds of morn,

(1) Deletrear.

That streak'd with dusk y red, portend
The day shall have a stormy end." (1)

Y Boca de Muil quedó sepultado en las olas con su humilde barquilla que constituía su único patrimonio.

Había tenido el arrojo de ir solo á la pesca, y toda su riqueza había perecido con él.

La Polvorosa pasó la noche en la playa llorando, rezando y perdiendo poco á poco las esperanzas, sin cuidarse de la gruesa nube que cegaba sus ojos naturalmente enfermizos con la luz eléctrica del relámpago, y que rodaba sobre su cabeza medrosos y prolongados truenos.

Elena acurrucada al pie de su madre lloraba sin consuelo.

La noche estaba oscura y tenebrosa como un sepulcro, los lamentos de aquellas dos criaturas olvidadas del resto del mundo, se perdían entre el ruido de la tempestad y el altivo rugido de las enrespadas olas que venían á estrellarse con ímpetu contra las piedras de la orilla, salpicando soberbias las humildes cabañas de los pescadores que rodean la playa.

La aurora encontró en el mismo sitio á la madre y á la hija con los ojos secos de llorar, con las miradas fijas en el horizonte, que aparecía iluminado por un sol sereno y magnífico.

Parecía que aquella luz tan bella y deslumbradora venía á inaugurar un día de felicidad.

Y sin embargo, antes que tocasen en la parroquia á misa mayor, el mar había arrojado ya sobre la arena el cadáver de Boca de Muil á los mismos ojos de su desconsolada esposa y de su inocente hija.

La Polvorosa fué conducida por caridad á su cabaña privada de sentido.

El dolor de Elena era sombrío y resignado; caminaba detrás de su madre con las manos cruzadas y los ojos fijos en tierra, como si no comprendiese lo que pasaba en derredor suyo.

La cabaña estaba situada muy cerca de la playa y Elena pudo oír el ruido y la algazara de los que se llevaban á su padre.

En los pueblos pequeños las noticias circulan siempre con una rapidez maravillosa, y apenas había tocado en la playa el cadáver de Boca de Muil, ya la Soberana, la Sra. Condesa, la Sra. Mariscala y todas las notabilidades candasinas sabían que la Polvorosa se había quedado viuda.

Aquella viudez tan cercana á la suya, las terribles circunstancias que tanto se asemejaban á las que habían arrebatado á Mingo, hicieron una viva impresion en el ánimo de Joaquina que acudió al momento á la cabaña, vendiendo protección á su hermana, y reprendiéndola al mismo tiempo ágridamente por su falta de previsión en dejarle ir solo á la pesca.

En seguida Joaquina que ni siquiera se había

(1) Aquellas mañanas en que nubes carmesí con toques de un rojo sombrío, predicen una tarde tormentosa.—Nota de la Autora.

quitado el manto, se volvió á su casa encargando á Elena que no se entristeciese, y que acudiese á su escuela siquiera por distraer el ánimo.

Aunque siempre había reinado entre las dos hermanas la buena armonía cimentada en la humillación de Gumersinda y el despotismo de la Soberana, eran tan incompatibles sus caracteres que á ninguna se le ocurrió que pudiesen habitar jamás bajo un mismo techo.

Aquellas dos desgraciadas quedaban por lo tanto privadas de todo recurso, y Elena se vió forzada á volver á la escuela al día siguiente á fin de proporcionar á su madre las sobras de la comida, que su tía le daba para la cena.

Por la misma razon la infeliz Polvorosa se vió precisada también á colocarse llorosa y desencajada detrás de las canastas de fruta.

Cuando á causa de su profesorado se trasladó á Candas la Soberana, el cura de Albandí se encontró por la primera vez de su vida fuera de su centro. No sabía qué hacer, en qué pensar, ni adónde dirigir sus pasos; reñía á todas horas y sin saber por qué con el nuevo sacristan ponderándole las gracias del difunto; regañaba; cosa inaudita! hasta con su ama, cuyos defectos veía entonces por un vidrio de aumento, y cayó por último en una especie de idiotismo que solo se disipaba tomando con su mula el camino de Candas y soñando mientras permanecía al lado de Joaquina en no volver jamás á poner los pies en su hasta entonces querida feligresía.

No estaba Joaquina por su parte menos inquieta con la ausencia del buen eclesiástico. En los nueve meses que llevaba en Candas, no se había pasado un solo día sin que echase de menos al amigo que tan sencillamente simpatizaba con ella y que había llegado á identificarse con todas sus inclinaciones.

Como la señora Mariscala de Santarua había ejercido siempre un poder omnímoto sobre todos los individuos de su familia, incluso el Obispo de Oviedo, hermano de su madre, y como esta señora, veía el sol por las espaldas del abate; Joaquina, que sabía perfectamente la aguja de marear, tenía los ojos puestos en Rodrigo, al que mimaba y contemplaba, mas áun que á la mismísima condesa de Santarua, su señora.

La señora Mariscala que hallaba muy simpática, muy leal y sobre todo, muy condescendiente á la joven doncella, vertía sobre ella á manos llenas beneficios, que otras no hubieran conseguido á no envejecer en su codiciado empleo de camareras.

Por eso, cuando Joaquina dejó su puesto de doncella mayor, por el título de sacristana, lucía en su lecho nupcial aristocrática colcha de damasco carmesí, guarnecida de un tupido fleco de seda, por eso había entre su ropa blanca prendas de gran valor que codiciaban y murmuraban cuantas lavanderas acudían al río de Albandí.

La señora Mariscala era la especial protectora de la escuela de la Soberana, ella era la que había enviado el sitio para la maestra, el gran péndulo para el comedor, y el canapé para que descansase

Monseñor cuando fuese á matar el tiempo en casa de su antigua doncella.

Y no andaba por cierto desprevénida la señora Mariscala en el envío del canapé, pues Rodrigo que encontraba muy pesada la conversacion de su tia y demasiado severas las costumbres que regian en la casa de su señora madre, encontraba un placer inesplicable en pasar largas horas en casa de Joaquina, que le mimaba, le refería toda la crónica chismográfica de la villa y le distraía con sus excentricidades juveniles.

Joaquina encontró muy usado el damasco amarillo del canapé y sin cuidarse de las reglas del buen gusto cubrió el aristocrático mueble de indiana encarnada con ramos negros, que formaba un peregrino contraste con los piés retorcidos y las rosas de relieve que le adornaban.

Un día circuló en Candás la noticia de que el cura pároco de aquella iglesia habia amanecido baldado de ambos piés.

Joaquina sin condolerse en la desgracia del infeliz anciano, tomó su manto y se dirigió al palacio de la señora Mariscala.

La misma tarde salia para Oviedo el jóven abate con letras de su señora tia para el señor Obispo.

(Se continuará.)

ESCENAS DE MI VIDA.

BAILES EN LA ISLA DE PINOS.

ARTÍCULO PRIMERO.

I.

Cuando yo era jóven y bailaba, era un bailador adocenado. Esta asercion será creida por cualquiera que me conozca, aunque no sea mas que de vista, sin exigir que se la pruebe, pues basta al menos perspicaz verme una vez sola para convencerse de que mi organizacion no puede haberme permitido nunca ser una notabilidad en el arte coreográfico.

Verdad es que tampoco he tenido nunca para sobresalir en algo la vocacion que al efecto se necesita, la cual, sobreponiéndose algunas veces á las malas disposiciones, subyuga las naturalezas mas rebeldes. He carecido siempre para el baile de esa aficion decidida que engendra la porfia, de esa vocacion que convierte á fuerza de ejercicios gimnástico, á un paralítico en acróbata, en atleta á un niño enlenque, y que hizo del tartamudo Demóstenes el orador mas eminente de la antigua Atenas. Sin ser tan severo y absoluto como Ciceron, en cuyo conceptó el hombre que baila es un loco de atar ó está hecho una cuba, confieso que he dado siempre poquísima importancia al talento que está en los piés, y que ni aun en mis mocedades hubiera trocado la mas pequeña de las dotes de mi escasa inteligencia por toda la habilidad de aquellos baila-

ENERO.

rines en cuyo honor levantó la Grecia estatuas para inmortalizarlos. Y sin embargo, ese culto que tributaban al baile los griegos se explica perfectamente por su amor á la estética, que les hizo sobresalir en todas las artes plásticas y entusiasmarse ante la belleza de las formas, á cuyo proporcionado y armonioso desarrollo habia necesariamente de contribuir un ejercicio corporal bien metodizado. Pero no es culpa mia si prefiero un jiboso que se resigna tranquilamente á su monstruosa joroba, á un buen mozo que está dando piruetas. Me parece que un hombre que baila se divierte pisoteando su dignidad.

Despues de haber consignado en letras de molde mi poca aficion al baile y mis pésimas disposiciones, no será fácil que se me crea sobre mi palabra, si digo que yo soy quien introdujo principalmente en la isla de Pinos el vals oriundo de Alemania y la contradanza oriunda de Inglaterra. Será por lo menos necesario que dé algunas esplicaciones, y voy á darlas.

II.

A poco de llegar á la isla de Pinos, supe que en aquella casi desierta Antilla habia todos los dias festivos dos bailes, uno de blanco y otro de gente de color, que es como llaman en América á los negros y á los mulatos, haciendo algunos extensiva la denominacion hasta á los zambos. Por la primera vez de mi vida me entró cierto deseo de bailar, sin duda porque hallándome separado por la inmensidad del océano de cuanto quería en el mundo, necesitaba contraer relaciones y adquirir simpatías, y el baile podría proporcionármelas. Como se vé, yo no amaba el arte por el arte; el baile no era para mí un fin, ni siquiera puedo concebir que lo sea para nadie; era no mas que un medio, ó, por mejor decir, un pretesto. Pero ví con sorpresa y dolor en el primer baile á que asistí que en la isla de Pinos no se bailaba mas que el zapateado y fandango, y que uno y otro eran superiores á mis limitadísimas facultades coreográficas. Un rayo de luz iluminó mi entendimiento, y ¡cosa rara! resolví hacerme maestro para no tener que ser discípulo. Me pareció mas fácil, y de mejores resultados para el objeto que me habia propuesto, enseñar lo poco que sabia á aprender lo mucho que ignoraba. Me anuncié como profesor de baile, y aun ahora no acierto á explicarme aquel golpe de audacia, que fué el primero y el último de mi vida. Los blancos de ambos sexos, que por su edad no se hallaban aun relevados de todo servicio activo, me dieron una gran prueba de confianza, inscribiéndose todos en el número de mis discípulos. La enseñanza era gratuita, y aun así debió parecerles cara. Tomé por auxiliares á mis compañeros de peregrinacion, que bailaban casi tan mal como yo, y no tardaron los resultados en hablar muy alto á favor de mi método de enseñanza. En cuatro dias se pusieron mis discípulos al nivel de mis conocimientos, y algunos de ellos llegaron á aventajarme, lo que no me atrevo á determinar si debió causarme satisfaccion ó ver-

güenza, porque si bien puede probar lo poco que yo sabia, puede probar igualmente lo muy bien que yo enseñaba. En todos los ensayos, á falta de música, bailábamos cantando, y aquí debo advertir, aunque se me califique de poco modesto, que si bien es cierto que bailo muy mal, en cambio canto infinitamente peor. Perdónese me este arranque de amor propio.

Mas el canto reemplazando á la orquesta era un pobre expediente que solo podia utilizarse en los ensayos para salir del paso. Entre los cien confinados, casi todos catalanes, que habia en la isla, figuraba un aragonés que á la fuerza habia logrado arrancar de un trastejo algo parecido á un violín una tocata algo parecida al fandango, y á esto se limitaban todas sus facultades artísticas. El fandango era el *non plus ultra* escrito en las columnas de Alcides de un mundo musical. Nunca pudo pasar del fandango.

La situación era desesperada, y yo creía ver ya completamente perdido el fruto de mis heroicos esfuerzos, cuando uno de mis compañeros en quien nadie que le oyese hablar hubiera nunca adivinado nada parecido á un músico, se acordó de que en su juventud, un si es no es turbulenta, habia andado á la tuna y de ceca en meca impulsado por su hambre estudiantina, debiendo á esta circunstancia la de haberse iniciado muy ligeramente en el arte de Paganini. No se concibe como podia haber en aquel hombre el mas mínimo rudimento de un órgano musical. Era su voz, cuando mas procuraba modularla, tan desapacible y desentonada, que á mí me parecia que teniendo la mas pequeña idea, la intuición menos clara de lo que son la armonía y la melodía, se hubiera abstenido de hablar para evitarse el tormento de oírse á sí mismo. Pidió prestado al aragonés, el que seguiremos llamando violín á falta de otro nombre, y consiguió con su constancia numantina vencer la resistencia y tenacidad con que el instrumento se oponia en sus manos á articular un número de chillidos, que constituyesen juntos algo que tuviese cierta analogía con un vals ó con una contradanza. Dos dias con sus noches duró aquel aprendizaje de degüello; pero se consiguió el objeto *Lapidem gutta cavat*. Yo canté victoria, y me entusiasmé delante del violín, mientras el aragonés, que se habia considerado hasta entonces el único capaz de domar á aquel rebelde, se moria de envidia. Tuvo desde aquel momento un rival, un émulo, un competidor, que le disputaba sus laureles. Ya habia dos violinistas en campaña.

III.

Los bailes, lo mismo el de los blancos que el de la gente de color, concluian temprano, y de consiguiente empezaban tambien temprano. Si supiese que los que se don el mal rato de leer estas desaliñadas líneas han estado en la isla de Pinos, les diria que el baile empezaba á la hora en que las cotorras y palomas de cabeza blanca se dirigen á bandadas hácia la *Sierra de Caballos*, en cuyos in-

trincables bejucos se ocultan para no ver morir el sol que agoniza en un lecho de púrpura detrás de las sombrías lomas de la *Sierra de Casas*; á la hora en que los toros de las inmediaciones de Nueva Gerona forman un círculo al rededor de la sangre de uno de sus hermanos á quien se echó el lazo el dia anterior, y que acaba de ser inmolado por el hombre, entonando un coro de tristísimos lamentos que dura algunos minutos, pasados los cuales desaparecen y se dispersan por las sábanas; á la hora en que los caballos salvajes, que no trocarian su libertad por la cebada dorada que comia en pesebre de marfil el *Incitatus* de Calígula, mendigan un asilo á la ciudad que temen y aborrecen, para librarse de la plaga de gengenés que infesta los bosques vírgenes de la abrasada América; á la hora en que el *fatuto* ó cuerno marino llama á los confinados á comer su último miserable rancho; á la hora en fin en que brillan en la atmósfera, remedando una espesa lluvia de estrellas, los luminosos cocuyos, que atraídos como mariposas por la luz del hogar de todos los bohios, salpican los techos de guano como una rociada de brillantes. Pero no habiendo los que lean estas líneas estado en la isla de Pinos, creo que me comprenderán mejor si les digo en pocas palabras y muy prosaicamente que los bailes empezaban á la caída de la tarde.

El salon de baile era ni mas ni menos que la trastienda bastante espaciosa de un despacho de comestibles con pretensiones de cafetin, cuyas paredes estaban pintadas de amarillo y decoradas con cenefas de almazarron por un pintor mulato, que habia sabido mantenerse á una distancia tan respetable de Miguel Angel como la que separaba de Paganini al aragonés del fandango. Todas sus luces consistian en una lámpara colgada del techo como las que están hoy en boga para alumbrar los comedores; todos sus adornos se reducian á una cortina ó mampara de percal blanco que establecia una solución de continuidad entre el ambiente del salon y el de la tienda, y constituian todo su ajuar unas tres docenas de sillas de Vitoria; la mitad desvenecijadas, y todas bastante antiguas para aspirar á derechos pasivos, amen de una mesa de cedro cuya tapa desaparecia debajo de enormes mazos de cigarros puros de todas dimensiones, montones de cajetillas y botellas de cerveza, aguardiente de caña, anisete y marrasquino, que aguardaban el ataque formados en batalla, resueltos á derramar hasta la última gota de su sangre.

La casa en que se daban los bailes era una de las mejores de la isla, pues si bien sus paredes eran de yagua, tenia tejado, lo que era un lujo de construccion casi escensivo en un pais cuyas casas estaban todas, con muy pocas escepciones; cubiertas de guano. Su dueño, que era un francés establecido desde muchos años en la colonia, tenia dos hijas, no mal parecidas ni una ni otra; aunque las dos se parecian muy poco. Formaban un contraste singular, porque eran dos tipos opuestos, siendo lo mas notable que la mayor, aunque nacida en Europa, parecia americana, y la menor, aun-

que nacida en América, parecía europea, y no europea del mediodía, sino europea del Norte. La mayor era morena, pálida, delgada, esbelta, de ojos y pelo negros, pies diminutos como los de la andaluza que mas diminutos los tiene, y una cintura quebrada que hubiera podido ceñirse el collar de su perrito faldero. Se parecía á todas las hijas de la isla, que ofrecían todas caracteres comunes, y son las que en ella he descrito. Su hermana era alta; blanca, rubia, de bellas facciones aunque algo abultadas; ojos rasgados cuyo color no puedo determinar, entre pardos y azules, boca que no era concisa de una manera absoluta, sino comparada con el resto de la cara, pies que en España no serían pequeños, pero que en Francia no serían grandes, y una cintura que la hacia parecer mas delgada de lo que era en realidad la ancha espalda y voluminosas caderas, que la eximiria ahora de llevar miriñaque, pues sus caderas eran un miriñaque natural. Bien se puede asegurar que no se parecerian á las suyas las de las primeras damas que gastaron ahuecadores. La jóven rubia no era mas bella que su hermana; lo era quizás menos; pero en la isla tenia su belleza la ventaja de ser escepcional y única.

Cedia el francés el local para los bailes sin estipendio alguno; mas no por eso es de creer que fuesen sus miras desinteresadas, pues no se concilia fácilmente el desinterés con las miras de un francés, y menos con las de un francés comerciante, que habia pasado el mar para hacer dinero. Los bailes entraban sin duda en sus cálculos mercantiles; le proporcionaban todos los días de fiesta un gran despacho de género, y de ellos esperaba quizás despachar tambien á sus hijas, que aunque género muy aceptable, eran sin embargo artículos de mas difícil salida que los cigarros, los licores, los garbanzos, el arroz, el queso de Nueva Orleans y las sardinas de la Coruña y de Nantes. Por regla general no nos casamos mas que una vez en la vida; pero fumamos, bebemos y comemos todos los días.

IV.

Como llevo dicho, el baile empezaba á la caída de la tarde, de suerte que sus concurrentes veían la luz crepuscular batirse en retirada con la de la lámpara del salón. Este, apenas se oían los primeros desapacibles chirridos del güiro, se llenaba todo de golpe, porque el deseo de bailar era general y unánime, y por mucha que fuese la impaciencia del uno, nunca era mayor que la del otro. Chirriar el güiro, penetrar en el salón á la vez todos los concurrentes como un torbellino, y empezar á bailar antes que nadie tomase asiento, era lo que sucedía siempre; algunos llegaban bailando ya desde la calle; no habia preparativos de ninguna especie, no habia siquiera esos preliminares de los músicos que templan los instrumentos, porque lo primero que se bailaba era un zapateado, y el zapateado se bailaba al son del güiro, y el güiro es un instrumento que ni se templan ni puede templarse.

Hora es ya de que diga lo que es, el güiro. El güiro es pura y simplemente una calabaza oblonga,

con rajadas transversales. Pasando rápidamente y con fuerza por encima de las rajadas, de arriba abajo y de abajo arriba alternativamente, una especie de palillo, se consigue producir un ruido cuya armonía hace considerar la sordera como una de las mayores perfecciones. El instrumento, como se vé no es de los mas ingeniosos y yo no comprendo que pueda ser el generador de ningún otro, ni siquiera de la chicharra y la zambomba, que son, comparadas con él, un progreso inmenso en el arte de meter ruido; buscar analogías y parentesco entre el güiro y cualquiera de los instrumentos músicos usados en Europa, equivaldria á empeñarse en establecer relaciones y dependencias en el arte de acabar con el prójimo entre la quijada de burro con que Cain mató á Abel y las carabinas rayadas. Prefiero creer que si el güiro dió la idea de algo posterior á él, fué solo de ese chisme de hoja de lata con que se raya el queso para echarlo con los macarrones, y si tuviese que comparar con algo su ruido, lo compararia con el que hace la enorme pata de un pachon navarro cuando rasca llamando á la puerta.

Inútil es advertir que para tocar el güiro muy regularmente, no es menester saber mas música que la que se necesita para jugar al dominó, y sin embargo hasta entre los tocadores de güiro hay notabilidades y maestros, siendo uno de ellos el negro que le tocaba en el baile de blancos de la isla de Pinos, el cual debia á esta sola circunstancia el raro privilegio de poder alternar, á pesar de su criminal color, con la gente blanca. En el baile de blancos de la isla de Pinos no habia mas negro que el que tocaba el güiro. Hasta en lo mas trivial hay sobresaliente. Yo conozco á un sugeto que goza de cierto prestigio en la mas alta sociedad, por la inimitable gracia con que estornuda.

He indicado que lo primero que se bailaba en el baile de blancos de la isla de Pinos era un zapateado. Yo no pude triunfar de esta inveterada costumbre con el wals y la contradanza que introduje. Tuve que transigir con la tradicion, en la imposibilidad de luchar con ella de frente, y contentarme con que la contradanza y el wals alternasen con el zapateado y el fandango. La contradanza y el wals se bailaban al son del violin, que lo tocaba mi compañero de peregrinacion; el zapateado al son del güiro, que lo tocaba el negro; y el fandango se bailaba á toda orquesta, es decir al son del güiro, que lo tocaba el negro, y al son del violin que lo tocaba el aragonés. Además, el zapateado y el fandango se bailaban, se tocaban y cantaban al mismo tiempo, como los salmos en las solemnidades cristianas de los primeros siglos de la Iglesia. Nada no obstante tenían de religiosas las redondillas que se cantaban bailando; todo lo contrario, eran de tal naturaleza que no me permito reproducir ninguna de las pocas que de ellas recuerdo. No estaban seguramente inspiradas por aquellas Gracias honestas de que nos habla Horacio describiendo las danzas de la Roma de su tiempo:

*Junctaque Nymphis Gratiae, decentes
Alterm terram quatiunt pede.*

V.

Habia domiciliado en la isla un jóven hortera que estaba enamorado hasta las uñas de una hija del país, envidiada de todas las otras por las lisonjas y obsequios de que era objeto. Nunca, á nó haberlo visto por mí mismo, hubiera creído que un hortera fuese capaz de concebir una pasión tan ardiente, tan profunda, tan inmensa. Se había propuesto hacerse corresponder de su tirana idolatrada al son de unas castañuelas que no sabía tocar, lo que le convertía en un ente grotesco. Para hacer chasquear las castañuelas mientras bailaba, tenía que hacer esfuerzos inauditos, alterar completamente su organización con inconcebibles contorsiones, contraer todos los músculos de su cuerpo, ponerse convulsivo como un galbanizado, como un epiléptico. Se volvía colorado, amoratado, acardenalado; su cara entera era una equimosis; sacaba tanta lengua como en la cánicula un perro que está cazando y tiene sed. Y nunca conseguía que las indóciles castañuelas se pusiesen de acuerdo con el violin y con el güiro; los sonidos se desbandaban; cada nota andaba por su lado, y naturalmente los danzantes perdían el compás y parecían locos rematados. Hasta las contradanzas quiso el desdichado hortera bailar al son de las castañuelas, lo que hubiera deslucido mucho á mis discípulos, por cuya razón se lo prohibí terminantemente. Mas adelante se dijo en la isla que la niña le correspondió, y él dejó de tocar las castañuelas; pero era la versión mas vulgar y mas generalizada que él dejó de tocar las castañuelas y la niña le correspondió. Creo lo último; creo que la niña no podía corresponderle sino bajo la condición *sine qua non* de que no tocara las castañuelas. Tocando las castañuelas como él, Abelardo hubiera desenamorado á Heloisa, Petrarca á Laura, Marsilla á Isabel de Segura.

VI.

La atmósfera del salón hubiera mellado el cuchillo del que hubiese intentado cortarla.

Daba una idea exacta de los baños de vapor llamados rusos. A pesar de que para refrescarla y renovarla se hallaban abiertas de par en par todas las puertas y ventanas de la casa, y esta, como todas las de la isla, estaban á los cuatro vientos, porque parece que bajo aquel cielo de fuego las casas como los individuos procuran no acercarse mucho para no darse calor, la atmósfera del salón era tibia, pesada, sofocante, y tan espesa y turbia, que todos los objetos se veían al trasluz de una niebla. Desde que empezaba hasta que concluía el baile, todos los concurrentes, sin una sola escepcion y sin distincion de edades ni de sexos, fumaban, y por regla general fumaban puro, de suerte que al bailar se el último fandango todo el suelo se veía sembrado de puntas y colillas, y habían desaparecido de la mesa aquellos enormes promontorios de mazos de cigarros, que reducidos á humo, si no se hubiese

tomado la sabia precaucion de abrir todas las puertas y ventanas como otras tantas válvulas de seguridad, no hubieran salido del salón, y éste hubiera reventado como una granada. No es una exageración; lo dijo un marino acostumbrado á calentar la fuerza expansiva del vapor comprimido. Cuando menos una asfixia era inevitable. Las botellas de aguardiente de caña, marrasquino y anisete habían tambien quedado desangradas, porque es de rigor en los bailes de la isla poner en todos los intermedios una copa llena de licor de una mano á otra y de una á otra boca, y un escanciador negro, que es el mismo que toca el güiro, la va llenando á medida que se vacía. Así es que el baile es tanto mas animado cuanto mas cerca está de su fin, y á medida que se aproxima á éste va tomando un carácter de desconcierto y orgía.

(Se continuará.)

A. RIBOT Y FONTSERÉ.

ELEGIA.

LAS SOMBRAS.

Oid!—ese suave acento,
ese solemne murmullo,
es el canto de la tarde,
es la voz de los sepulcros.

Desde el seno de una estrella
envuelto en manto de luto,
el ángel de los poetas
á llorar descende al mundo.

Los espíritus del lago
navegan en los nelumbios,
y abren sus alas de rosa
á los céfiros nocturnos.

Arpa sonora del monte
la palma entona un susurro,
y al blando peso del ave
su ramo encorva el arbusto.

Por los cármes del río
vago pensativo y mustio,
y entre el follaje del bosque
blancas fantasmas descubro.

—Ah! ¿quiénes son esos tristes?...
mis compañeros de estudio,
las sombras de mis amigos
que salen de los sepulcros!

JUAN CLEMENTE ZENEA.

(De la isla de Cuba.)

EL AMANECER.

Se alzó el viento del mar con las espumas
Y dijo: "Abridme paso! densas brumas."
Las naves saludó y grito: "A la vela,
Oh marineros, que la noche vuela."

A la tierra lanzóse apresurado
Y le gritó: "Despierta! el día ha llegado."

A la selva le dijo: "Clamoréa!
Y tu verde bandera al aire ondéa!"

Del pájaro tocó el ala plegada:
"Despierta, dijo, canta la alborada."

Y al gallo de la rústica alquería:
"Resuene tu clarín—se acerca el día."

Al maizal murmuró: "Dobla la frente,
Saluda la mañana refulgente."

En la tierra gritó con voz sonora:
"Despiértate, campana! dá la hora."

El cementerio atravesó y decía:
"Dormid en paz; no es tiempo todavía!"

J. A. QUINTERO.

AUSTIN CITY (Texas.) (De la isla de Cuba.)

EN UN ALBUM.

[H. W. LONGFELLOW.]

Tu vés hácia una orilla
desde donde yo vengo,
lo que tú buscas ahora
es ¡ay! lo que yo dejé!

Tu vés á ver un alba
que baña de oro el cielo,
y yo á ver un sol triste
que ya se está poniendo.

Tu vés á sembrar flores
en fértiles terrenos,
yo voy á alzar mi tienda
en áridos desiertos.

Vas á lanzar tu barca
sobre un océano inmenso,
vas á aplicar al labio
la copa de los sueños.

¡Que duerma entre las velas
la cólera del viento,
que amor rompa las ondas
al golpe de sus remos!

¡Que como yo no tengas
que suplicar al cielo!
que encuentres ¡ay! almíbar
donde yo hallé veneno.

JUAN CLEMENTE ZENEA.

Habana Octubre 1859.

LA VEJEZ.

ELEGIA.

Una ya pobre abuela
Que fué en sus verdes años rica fruta
Por muchos codiciada,
Y que hoy se desconsuela

Y se aflige y se enluta
Al verse abandonada
Por su antigua amorosa clientela,
Su suerte lamentaba cierto día,
Y lanzando á los vientos rudas quejas
Así llorosa la infeliz decía:
"¡Qué trabajo es, Señor, llegar á viejas
Y ver uno por uno
Al tiempo arrebataarnos importuno
Los mejores encantos!
¡Cuántos dolores, cuantos
He sufrido al entrar en los cuarenta
Y ver cual se tornaba amarillenta
Mi piel antes brillante,
Y cómo de mis ojos
La luz reverberante
Volvióse lumbre mortecina y leve,
Y las que en otra edad fueron lumbreras
Son dos lámparas hoy, que lastimeras
Hacen con desconsuelo
A mi hermosura que perece el duelo!
¡Cuán triste es ver también á la cabeza
Un tiempo sana y salva,
Recibir las injurias de una calva
Y observar cuál empieza
La mata de cabellos que corona
El edificio humano
A despoblarse toda grano á grano,
Convirtiendo en escuálida pelona
A la que mas sobresalió en belleza.
Luego sobre la frente
El tiempo graba con su torpe mano
Arruga tras de arruga,
Y acaso la nariz mas escelente
Profana con incómoda berruga,
Y descende á la boca
Y envenena su aliento,
O hace bailar y deslizarse á un diente
O dá á una muela un trompis violento,
Y así perdiendo cuantos miembros toca
Sigue el tiempo voraz robando vida
Calor y movimiento,
Haciendo al hombre la mortal herida;
(Y cuando digo al hombre
Hablo de la muger sin que la nombre)
La herida que los años le reduce
Y al cabo al cementerio le conduce.
¡Y si solo el infame se cebara
En los físicos dones!
¡Si además de la cara
No hiriera y destrozara
También los corazones!
¡Si no espantase el vil las ilusiones,
Esa hermosa bandada de palomas
Que con su dulce y halagüeño arrullo
Son de la juventud las compañeras,
Y cantan en sus risas y en sus bromas,
Y hacen sus horas de dolor ligeras!
Mas también las espanta
Y hunde bajo las ruedas de su coche,
Y en su lugar coloca
Pájaros agoreros de la noche,
La sospecha, la duda, el desengaño
Que hiela y desencanta,
Convierte el corazón en una roca,
Deja el cerebro á oscuras
Y hace vagar por él unas visiones,
Infernales figuras
Que nos vuelven apáticas, inquietas,
Y morir nos harían de disgusto,
Si no templára nuestra pena y susto

La dulce faz de nuestras lindas nietas.
 Ellas solas estiman
 Nuestra flaca vejez que otros zahieren,
 Ellas solas nos miman,
 Juegan en derredor de nuestras faldas,
 Nos siguen y nos quieren
 Cuando todos nos vuelven las espaldas.
 Los hombres que años antes
 Buscaban delirantes
 La huella que marcaba nuestra bota,
 Perdieron ya sus juveniles brios
 Se sienten melancólicos y frios
 Llevan pelucas y padecen gota.
 Sus cuerpos que se inclinan como sauces
 A duras penas el baston sostiene,
 Y si alguno sin ver que es un decrépito
 Nos quiere requebrar, entre sus fauces
 La tos, alza un estrépito
 Y el tal piropo al fin ni va ni viene.
 Si ellos á sus amigas,
 Compañeras de glorias y fatigas
 Enamorar no pueden,
 ¿Podremos esperar las pobres viejas
 Una sonrisa de los tiernos mozos
 Y un canto suyo al pié de nuestras rejas?
 La que eso espere, por las canas mías,
 Que espera la venida del Mesías.
 Ellos guardan sus cantos y alborozos
 Para las nuevas flores
 Que adornan el pensil de los amores.
 Son pájaros de cuenta
 Que se acogen al árbol mas florido
 Y se van tras del sol que mas calienta.
 Ya nosotras el pleito hemos perdido,
 Ya nuestra faz al regocijo ahuyenta,
 Y cuando alguna de nosotras quiera
 Del mundo entrometerse en la borrasca
 Y danzar en las locas diversiones,
 Esclaman los bufones:
 "No hay funcion sin tarasca"
 Y una rechifla general nos hiere....

¡Ay! esto y mucho mas que no describo
 Se sufre en la vejez ¡Oh suerte insana!
 Si veis que se os admira y os respeta
 Acaso encontrareis un vil motivo.
 ¿Veis un jóven risueño que os saluda?
 Pues ese adora el santo por la peana,
 Ese está enamorado de la nieta.
 ¿Un sobrino, os contempla y os adula
 Y os trata con humilde reverencia?
 Ese espera la herencia,
 Y solo están sus pensamientos fijos
 En ver como las onzas embaula.
 ¡Solo nos quieren con verdad los hijos!
 Cobijémonos, pues, bajo su sombra,
 Huyamos de ese mundo maldiciente
 Que nos roe el pellejo
 Y que hace eterna mofa de lo viejo.
 Si en ansia de vivir entre la gente
 No podeis renunciar á sus costumbres,
 Al menos olvidad sus devaneos,
 Sus bromas, sus mudanzas,
 Y si quereis gozar sin pesadumbres
 Y sin que os silben en sus locas danzas,
 Al templo santo idos,
 Que del mundo el rumor allí no zumba;
 Allí no dan silbidos
 Y bajais silenciosas á la tumba.
 Tal en su triste y lamentable queja

Dijo la pobre anciana
 Llorando así su juventud lozana,
 Y yo que la escuché desde mi reja
 Digo que no habló mal para ser vieja.

V. MARTINEZ MULLER.

LAS HIJAS DEL CID.

CANTO HERÓICO.

POR

DON JUAN MIGUEL DE ARRAMBIDE.

PREAMBULO.

La presente composicion deberá recibirse como el boceto de un cuadro trazado y delineado á grandes rasgos, en el que se dá cuenta de las partes, que lo constituyen y de la colocacion de sus luces, ó de su claro oscuro: ó como el embrión de una escultura que ha de perfeccionar el delicado cincel del artista.

Parecerá sin embargo como una redundancia, existiendo los romances del Cid, que tan repetidos elogios han merecido, sin la unidad de que se les acusa para formar una epopeya, y de lo que dice Adolfo Pictet, de que en ellos falta lo maravilloso, el querer presentar con las formas clásicas y repetir uno de los acontecimientos que caracterizan la historia de aquel héroe: empero esto mismo se encuentra con la mayor frecuencia en todos los sucesos históricos.

La insuficiencia del autor del presente opúsculo, será tal vez causa de que su lenguaje métrico, su expresion, sus imágenes poéticas, su diction, y aun su rima ó versificación no aparezcan con toda la elevacion, brillantez, y grandeza que corresponde y es necesaria para interesar á los lectores. Mas ofrece su obrilla, aunque debilísima, como una prueba de su constante laboriosidad é inclinacion á las letras.

Mira Alfonso por mi honra,
 Por la vuestra mira Dios;
 Que si escuchais á traidores
 No estais muy seguro vos.

Romance 76 del Cid.

¡Noble Cid Campeador que en las contiendas
 Por la fé y por tus reyes te elevaste,
 Tus triunfos presentando como ofrendas
 Que ufano y generoso tributaste,
 A émulos, envidiosos de tus prendas,
 A ingratos que tus dones prodigaste;
 Oye mi voz, si débil, reverente
 Que te saluda plácida y ferviente.

El Cid te apellidó la gente mora:
Tu esfuerzo y tu poder alzó tu nombre:
Tu templada tizona cortadora
Fijó tu predominio y tu renombre:
Con su trompa la fama voladora
Publique tu valor, y al mundo asombre;
Y en sus preciosas páginas la historia
De tus hechos conserve la memoria.

Yuñes vencido, el valenciano suelo
Del Cid reconoció la primacia;
Y él afanoso en incansable anhelo,
Mostraba su arrogancia y bizarria;
Ya de sus armas se elevaba el vuelo;
Intrépido y osado se estendía
Por aquella region, y á la alta esfera
Se encumbraba cual águila altanera.

Su corazón benéfico abrigaba
A par de su esplendor la fé amorosa,
Y en su sensible pecho se fijaba
Unida á la piedad la fuerza honrosa;
Cuando de sus afanes descansaba
En calma placentera y venturosa,
Abrigaba en su seno, de ardor lleno,
El amor conyugal grato y sereno.

Jimena, su consorte idolatrada
Y Doña Elvira y Doña Sol habidas
En su bella reunión tan deseada,
Largo tiempo en Cardena reclusas,
Hizo venir á su ciudad amada
Para templar sus penas, padecidas;
Y en Valencia risueño y ostentoso
Las recibió apacible y cariñoso.

"Mitad de mi existencia, hijas queridas,
Llegad, (les dijo) y recibid gozosas
A mi delirio paternal unidas
La paz del corazón, las amorosas
Caricias de mi afecto repetidas:
Estas caricias puras, deliciosas:
Venid, que quiero en vuestros tiernos brazos
Disfrutar del amor los dulces lazos."

"Tú, bella Elvira, mi cariño amante
Recibe, y mi desvelo acariciando,
De mi ardor participa y fé constante:
Y tú mi Sol, mi afecto secundando,
Penetra con tu luz clara y radiante
En este corazón, que despreciando
Todas las ilusiones pasajeras,
Las encuentra en vosotras lisongeras."

Gozaba el Cid con deliciosa calma
Del filial halago la dulzura,
Y Jimena, la antorcha de su alma,
El sosiego, la dicha y la ternura;
Y cual se mece la vistosa palma
Al impulso del viento con blandura,
Ella solaz hallaba y alegría
En su amorosa y grata compañía.

La fama con su trompa sonora
Las hazañas del Cid, sus nobles hechos,
Elevaba esplendente y animosa
Y entusiasmaba á varoniles pechos:
Y esta publicación, digna, ardorosa
Promovía de muchos los acechos;
Mas insignes magnates se animaban
Y unirse á aquel varón ambicionaban.

Era costumbre en tiempos apartados

Entre regios caudillos y señores,
Noticiar sus enlaces ideados
A su rey impetrando sus favores;
Y los nobles, por reyes enlazados
Adquirían potestad, poder, honores,
Y fundaban su próspera fortuna
Su nobleza y deber desde la cuna.

Acudieron á Alfonso los infantes
De Carrion sumisos, reverentes,
Como vástagos suyos y brillantes,
De alta prosapia y buenos acendientes,
No versados en lides arrogantes,
Mas de heráldicos goces y eminentes,
Ofreciendo sus manos y privanza
A las hijas del Cid, como era usanza.

Los que ansiaban unirse en este enlace
Eran Diego Gonzalez y su hermano
Fernando; sus deseos satisfacía
Con notoria bondad el soberano;
En concertar las bodas se complace
Prudente, afectuoso, justo, humano,
Y al Cid llamó á Requena y fué seguido,
Quedando aquel convenio consentido.

Rodrigo á su Jimena idolatrada
Comunicó aquel hecho cuidadoso,
Que cual muger prudente, consultada
Fué en asunto tan grave y azaroso;
"No es de mi agrado" dijo contristada,
Este enlace, magüer, grande, ostentoso:
Mas fágase, Rodrigo, si vos place;
Pues mandándolo el rey, el rey lo hace."

En ligeros troteros cabalgados
Los infantes activos caminaban;
De deudos y criados rodeados
Y á la fértil Valencia se acercaban;
Con profuso atavío engalanados,
Ufanos arrogantes se mostraban;
Y para Elvira y Sol llevan presentes
Para ocasión tan digna competentes.

Las dos graciosas damas relevantes
Con su lucido séquito esperaron
Aquella recepción, bellas, brillantes;
Con sus galas sus gracias elevaron,
Tributo que se rinde á los amantes;
Y Jimena y el Cid se presentaron
A dar cima al precepto recibido,
Y á estrechar aquel lazo convenido.

Se oyó una aclamación, viva, ardorosa,
Que un concurso alentado repetía,
Con la dulce expresión clara, animosa
Que enagenada el ánima sentía;
Llegando en fin la animación honrosa
A exhalar su contento y alegría,
Con llevar de las bridas los donceles
De los regios infantes los corceles.

Al Cid se acercan, que tendió la mano
En señal del mas puro asentimiento;
Y á entrambos estrechó risueño, ufano,
Demostrando su gusto y su contento:
Y los de Carrion al ver cercano
El término feliz de su ardimiento,
Espresaron con suma complacencia
Su respetoso afecto y su avenencia.

Los recibió Jimena bondadosa;
Les presentó sus hijas adoradas;

Y aunque grave, apacible, cariñosa,
Con elegancia y gusto ataviadas,
Con fé sencilla digna y candorosa,
En prácticas sagradas educadas,
Y Gerónimo, obispo allí venido
Las desposó en el templo enardecido.

Regias fiestas y toros se aprestaron,
Y á celebrar tan áulico suceso
Todos los atractivos se emplearon
Con profusion, con pompa y con exceso:
Los deudos y parciales se mostraron
Con el placer mas puro y embeleso;
Y el Cid á los esposos bendecía
Con dulce complacencia y bazarria.

Las cañas ó torneos preparaban:
Danzas, juegos alegres, bulliciosos:
En la plaza columnas se elevaban
Con barandales y arcos primorosos
Que festones y emblemas enlazaban:
Y ecos ya resonaban cadenciosos
De acordadas dulzainas y añafles
De trompas y ruidosos tamboriles.

El anchuroso espacio se veía
Cual un jardín de deliciosas flores;
Allí la linda rosa relucía;
La púdica azucena sus albores;
La lila su vistosa lozania;
La acacia y el clavel de mil colores;
La ortensia y siempreva del Oriente
Y el tulipan del Asia refulgente.

Las damas con sus galas suntuosas
Con su alquinal el brillo derramaban;
Guardimentos de formas caprichosas
Y diamantes y perlas ostentaban;
Con raras vestiduras é injeniosas
Los varones tambien se presentaban;
Con golas y gregüescos y sombreros
Con lucidos penachos y plumeros.

De los clarines al marcial sonido
Se presentó la multitud gozosa,
Aumentando el estrépito y ruido
La concurrencia espléndida y famosa:
Llegó el Cid de su séquito asistido,
De Elvira y Sol y de Jimena hermosa,
Y tambien los infantes se mostraron
Y en ellos las miradas se fijaron.

Sonó la ruda trompa: aparecieron
Cincuenta potros blancos, cual la espuma,
Con sus diestros ginetes que siguieron
Con fiero orgullo y gallardía suma,
Y el circo en torno rápidos corrieron:
En celada de plata airosa pluma
Lucian los adalides esforzados,
Y ropajes de oro recamados.

Otros tantos caballos relucientes
Negros como azabache, los seguian,
Tascando el freno, intrépidos, furentes:
Arabes muy lujosos los regian
Altivos, atrevidos y valientes;
Que turbantes y tunicos vestian,
Borceguies pajizos y acicates
Con perlas y esmeraldas y granates.

En lindas acaneas adiestradas,
Diez donceles tambien se presentaron
Con emblemas de flores enlazadas,

Y por el centro airosos penetraron.
Con vistosas revueltas estudiadas
Su acierto y su maestria demostraron;
Y á par de sus airosos compañeros
Aplausos recibieron lisonjeros.

En fracciones ó grupos divididos
Unos frente á los otros se pusieron:
Embrazaron escudos prevenidos
Y arrojadizas bolas recojieron:
Dando principio á pases repetidos
De parejas que rápidas corrieron:
Unas tras otras con ardor seguian
Y alternando en sus puestos se tenian.

Empuñaron las lanzas y animosos
Ensartaban, siguiendo á la carrera,
Cabezas y sortijas, que gozosos
Con festiva jactancia placentera,
A las damas brindaban obsequiosos
Con faz risueña, grata y placentera:
Y toros en seguida se corrieron
Que contento y solaz á todos dieron.

Al terminar la fiesta se oyen voces
Que ansiosas "Al leon guarda" repetian:
"Muerte al que lo soltó" dejar veloces
Se vió el circo á las gentes que corrian:
Mas el Cid á la fiera, sus atroces
Golpes descarga que su ardor rendian:
Los dos infantes tímidos huyeron
Y en lugar vergonzoso se escondieron.

Y al Cid despues turbado se presenta
Un mensagero, y relató confuso
Que el rey moro Bucár ufano intenta
Asaltar á Valencia audaz é iluso:
Que en la vecina playa se aposenta
Con arrogante ejército y profuso,
Y que ofrece orgulloso á sus guerreros
Reconquistar su predominio y fueros.

Requirió el Cid la fuerte empuñadura
De su tizona y prorumpió alterado:
"Mientras esgrima yo esta hoja dura
Y este brazo me ayude sano alzado,
Ni Bucar ni cien reyes, mi bravura
Podrán vencer ni mi denuedo osado:
Y esa vil multitud baja irrisoria
Servirá para alzar mi triunfo y gloria."

Y cual fiero leon embravecido
Que en la floresta intrépido pasea,
Salió de su festin enardecido
Ansiando dar principio á la pelea,
Y arrojar con su espíritu aguerrido
Aquella turba bárbara iduméa:
Mostrándose de santo esfuerzo lleno,
En aquel trance bélico, y sereno.

Subió á una torre con Jimena al lado,
Que al ver la multitud adusta y fiera
Su corazon tranquilo y esforzado
Se intimidaba por la vez primera:
Mas el Cid con semblante denodado
Le dijo con sonrisa placentera:
"Ese número aumenta mi arrogancia:
A mas moros, Jimena, mas ganancia."

(Se continuará.)

OTRO AÑO.

Dejamos la puerta abierta
y se coló de repente,
sin decir por cortesía
"aquí me meto que llueve."

Y sin esperar siquiera
que le digan ¿"qué se ofrece?"
mucho más sutil que el aire
por todas partes se mete.

No ha de ser corto de genio,
pues jura solemnemente
que á costa de todo el mundo
ha de vivir doce meses.

Detrás de las pascuas vino
como las pascuas alegre,
sin pensar que en otras pascuas
lo está esperando la muerte.

Por año nuevo responde,
por año nuevo lo entienden,
por año nuevo lo toman,
por año nuevo se vende.

Mas yo sé de positivo
que no hay un año presente
que no sea el año pasado,
y no sea el año que viene.

Sólo hay un año en el tiempo,
que aunque los años se cuenten,
todos tenemos un año
visto mas ó menos veces.

Por eso el que cosas nuevas
en el año nuevo espere,
porque de pié no se canse
bueno será que se siente.

No trayendo cosas nuevas

el mas incapaz comprende
que el que cosas buenas busque
el tiempo que gaste pierde.

Aunque el almanaque diga
"El juicio del año es este"
el venir tanto á este mundo
prueba que juicio no tiene.

Que es locura manifiesta
estarse volviendo siempre,
cuando los hombres mas locos
una vez muertos no vuelven.

Y es loco de atar: no hay duda;
pero nadie atarlo puede,
que aunque de loco se pasa
no hay miedo que atar se deje.

El año no tiene juicio,
y sobre tal precedente
"locura del año nuevo"
es lo que decirse debe.

En el gesto de su cara
y en las líneas de su frente,
las cosas que ocultas trae
se pueden ver claramente.

Detrás del invierno adusto
que en hielo y nubes se envuelve,
sonríe la primavera,
tibia, sonrosada y verde.

Detrás se inflama el estío,
tempestuoso y ardiente,
como el fuego pasajero
que las pasiones encienden.

Y al fin, lánguido el otoño
vendrá triste como siempre
arrancando de los árboles
las hojas secas que queden.

De la gravedad serán
tan respetadas las leyes

que bajarán los mas graves
y subirán los mas leves.

Irán hacia el mar los rios
por caminos diferentes,
menos el rio Manzanares
que el pobre ni vá ni viene.

Serán porque muy reunida
la riqueza no conviene,
pocos los hombres de bien
que amontonen muchos bienes.

Será el mundo lo que ha sido:
un paraíso terrestre,
ellos Adán, ellas Eva,
y los vicios las serpientes.

No queriendo la razon
que la opriman los que venzen,
no tendrán razon jamás
los que debajo se encuentren.

Serán grandes los que crezcan,
y ricos los que comercien,
poderosos los que puedan,
y dichosos los que sueñen.

Será la tierra fecunda
y habrá cosechas si llueve,
y cada cual en el mundo
cogerá de lo que siembre.

En fin, el año que llega
es el pasado que vuelve,
año de miseria y hambre,
año de lujo y placeres.

Tal es el año que al fin
nos ha cogido en sus redes:
los que quieran que lo tomen,
y los que no que lo dejen.

JOSÉ SELGAS.

CON MAL Ó CON BIEN A LOS TUYOS TE TÊN.

Y solo el hombre pervierte
Sus justas obligaciones,
Si no vence sus pasiones
Como valeroso y fuerte.

(JUAN RUFO Á SU HIJO).

Nosotros, insensatos, hemos
hecho del matrimonio un mi-
serable espantajo, que trata-
mos incesantemente de ridi-
culizar; como si no fuera al
contrario!

(JULIO SANDEAU).

I.

Quien por los años de 183*** hubiese paseado
por la muralla de Cádiz, ese paseo de piedra apro-
piado á aquella ciudad compacta, que parece haber
salido de una cantera en una sola pieza, fuerte, be-
lla y armada, como Minerva de la cabeza de Júpiter;
quien en esa época hubiese pasado por el trozo
que corona la puerta del mar, hubiera podido notar

ENERO.

dos mendigos, que, arrimados al pretil, imploraban
la caridad pública, más con su triste aspecto, que
no con descompasadas voces. Era el uno soldado,
según lo demostraban los restos de una casaca mi-
litar que llevaba; faltábanle ambas piernas, y senta-
do sobre un pedazo de corcho sujeto á su cuerpo con
correas, se movía, merced á sus manos que apoya-
ba en el suelo. A su lado una mujer joven, pero
avejentada, y conservando á pesar de su decaimien-
to un noble tipo de belleza, se cubría parte de su
rostro con un pañolón desteñido por la intemperie,
que llevaba sobre la cabeza, mecido en sus bra-
zos á un niño pálido y enfermizo como su madre:
mientras el lisiado enseñaba á una niña de seis años
aquellas palabras mas apropiadas para mover el co-
razón del hombre, y aquellas bendiciones mas ade-
cuadas para incitarles á merecerlas; esto es, la her-
mosa deprecación: "Señores! ¡por la sangre de
Nuestro Redentor y por los pechos que le criaron,
muévase su corazón á piedad hacia estos infelices,
sin mas amparo que el del cielo y el de las buenas
almas! ¡Así Dios les libre de un malvado, de un
testigo falso y de una mala lengua!" Y la pobre
añadía suspirando: "y les dé salud para criar á sus
hijos!"

Algunos ricos pasaban respondiendo así á este
clamor de la miseria:

3

—¡Qué plaga! ¡Qué repugnante aspecto en un paseo público! ¿Por qué no habrá aquí, como en otras capitales del extranjero, asilos forzosos para la mendicidad? ¿Qué atrasados estamos! ¡Miren ustedes eso; un ente así casado y con hijos! Debería eso permitirse? Aquí todo anda como Dios quiere.

Pero otras buenas almas,—generalmente mujeres, clérigos ó niños,—se paraban y daban limosna.

—¡Ahí tiene Vd., decían los primeros; la limosna mal entendida, el *ochavé*, el maldito *ochavé*, que es el que mantiene á esos vagos, á esa lepra! ¿Y sabe usted por qué dan esos beatos? Para que los vean dar; por pura hipocresía.

Y lo que vosotros haceis en no dar, detestables canchiberos de vuestro dinero, ¿cómo se llama?

—¿De qué sirven los pobres? decía un tremendo millonario que la echaba de gracioso, seguro de que los chistes de un millonario siempre hacen gracia. ¿De qué sirven sino de estorbo? A los pobres, matarlos.

Esta bestial atrocidad hizo dar tales carcajadas á sus compañeros de paseo, que poco faltó para que se apagasen los tremendos cigarros habanos que llevaban en la boca, como los elefantes sus trompas.

La muralla que ostentaba tales hombres, que harían bueno al socialismo,—si por fortuna no fueran raros y contados,—ostenta también otros seres encantadores, que á su albedrío rien, saltan, corren, caen, se vuelven á levantar y á formar grupos, parecidos á los que forman los amorcillos en las escenas pastoriles de Boucher.

Estos seres son los niños, que primorosamente vestidos á la inglesa, envían sus madres, en compañía de sus amas, á esparcirse á la muralla; mientras estas, sentadas en el ancho parapeto ó en los escalones que separan unos de otros los cañones que asoman por fuera del recinto su formidable ojo negro, se entretienen en conversacion unas con otras, sin perder de vista su rebaño.

Hacen allí, como es de pensar, gran papel los rosqueteros, los que, con sus cananastos en las manos, pasan como una tentación viva por entre aquellas hordas liliputienses.

Tenemos, por reata del pecado de golosina de nuestra infancia, una debilidad por los rosqueteros, que nos parecen dulcísimos miembros del cuerpo social, á pesar de que, por una rara anomalía, suelen tener cara de vinagre. Aun hoy día nos parecen que adornan mucho mas graciosamente la muralla, que no los soberbios cañones; y creemos infinitamente preferibles los anises de los primeros á los de los segundos. Ello es que son entrambos, los cañones y los rosqueteros, accesorios necesarios de la muralla de Cádiz: sin los niños, los rosqueteros y los cañones, pierde todo su prestigio y toda su fisonomía.

—¡Quero uno otro rosquete! dijo á su ama una rubita de tres años, cuyos rizos volaban al viento por sus hombros, debajo de una capotita de raso color de rosa.

—Y yo un merengue, añadió su hermana, de-

cana de la tropa, que ostentaba con dignidad siete años.

—¿No sería mejor, respondió el ama envejecida en la casa, pues lo había sido igualmente de la madre de las niñas; —no sería mejor, pues ya os compré esas chucherías, que diésteis ese dinero á aquella pobrecita niña, que quizás hoy no habrá comido pan?

El ama tenía dos fines, el caritativo y el higiénico.

—¿Que no habrá comido pan? dijo asombrada la niña mayor. Y sin volver siquiera la cara al incitador canasto del rosquetero, tomó los dos cuartos de manos de su ama, corrió hácia la pordiosera, y le dió la moneda.

—Y tú, Lolita, no le quieres dar limosnita á la pobre?

—Quero uno otro rosquete, respondió en tono decidido y firme la de la capota rosa.

El ama se lo compró.

—¡Quiere Vd. ahora, dijo refunfuñando el viejo rosquetero, que los angelitos de Dios dejen de comer dulces! Si eso sucediese, mujer de Dios, de qué viviríamos nosotros? ¡Caramba con Vd. que desnuda á un santo para vestir á otro!

—¡Cicatera, golosa, mal corazón! decía entretanto la mayor á su hermana; esa pobre niña no ha comido pan, y tú has comido muchísimo, y *puding*, y postres. Anda, dale tu rosquete, corramos; y agarrándola por la mano, la llevó de remolque á paso redoblado hacia la pordiosera, le cogió la mano que llevaba el rosquete y la puso en la de la niña pobre.

Esta no se atrevía á tomar la dulce é incitadora ofrenda.

—Tómalo, tómalo, dijo la niña mayor.

—¿Me lo das? preguntó la pobrecita con ese encantador tutéo de los niños, compañero de su inocencia.

—¡Sí, sí, cógelo, anda!

La pobrecita lo tomó tímidamente diciendo:

—¡Dios te lo pague!

Toda esta escena había sido una sorpresa para la de la capota rosa, que no comprendía bien lo que pasaba, y á la que la veloz carrera á remolque había aturrullado. Pero apenas vió pasar su querido rosquete á manos extrañas, cuando abrió su poderosa boca, y se puso á berrear como un becerro.

—¡Qué fea estás! ¡Qué feísima estás! le dijo su hermana echando á correr y dejándola plantada en medio de la muralla.

Entonces subieron los berridos al fortísimo, acompañados de un copioso aguacero de esas lágrimas, que brotan y se secan en los niños instantáneamente.

El ama acudió, y también la pobrecita, que quiso devolverle el rosquete. Afortunadamente el rosquetero, que giraba al rededor del grupo de las niñas como un abejorro al rededor de las flores, acudió, atraído por una seña del ama. La de la capota rosa, metiendo su blanca manita en el canasto, con el mismo íntimo placer con que un avariento

mete la suya en un talego de onzas, cogió un rozagante rosquete, en el que hincó, con triunfo y denuesto las blancas perlitás que adornaban su boca.

Satisfecho su primer anhelo, el de la golosina, trató su señoría de satisfacer el segundo, que era el de vindicar el derecho sobre su propiedad, con ese apego y potestad sobre ella que tenemos tan instintivo é innato, que han sido precisas toda la fuerza y autoridad del cristianismo para crear el desprendimiento. Pero la niña, que era aun demasiado chica para comprender la dádiva, ni hacerse cargo de la necesidad ajena, corrió hacia aquella que graduaba de usurpadora de su rosquete, y le aplicó bien aplicada, con todas las fuerzas de que podía disponer, una palmada en el brazo.

—¡Ah, pícara! exclamó su ama, que corrió tras ella sacudiéndola por el hombro: ¿qué se entiende, pegar, y pegar á una pobrecita que no te ha hecho nada? ¡Pídele perdon ahora mismo, ó si nó, se lo digo á tu madre!

—¡Niña mala, niña mala! dijo su hermana: pide perdon al instante á la pobrecita.

—No *quero*, recalcó á voz en grito y con magnífico aplomo la culpable incontrita.

—¡Bueno, bueno! ¡Pegona, soberbia y arrogante! dijo su hermana.

Cierto que, si la de la capota rosa hubiera leído á *Bernardo del Carpio*, habria contestado lo que el moro contestó á aquel:

¡La arrogancia toda es mia!

Pero á falta de voces, espresó eso mismo en una altiva y firme mirada.

—¡Vaya! pedir perdon á una mendiga, dijo remilgadamente una niña de medio pelo, que lucía una peineta, un velo, el cual estiraba furiosamente, y un abanico, que parecía en sus manos un soplador de cocina.

—A todo el que se ofende, se pide perdon, contestó el ama; á eso las tiene acostumbradas su madre. Si te cuesta pedir perdon á un pobre; pizpireta, no le ofendas. Mis niñas saben, que sin perdon, está la ofensa siempre viva, y como una mancha en la conciencia; y que sin tener la conciencia limpia nadie puede vivir contento, sinó que está dejado de la mano de Dios. Pero tú, dile á tu madre, que en lugar de abanico, te compre un librito de doctrina. Así perderás los humos, que á todas les están mal, mi alma; pero á los pobres, peor que á los ricos: ¿estás?

La niña á quien iba dirigida esta filípica, dió un nuevo estiron á su velo, y puso en movimiento acelerado, á un tiempo sus pies y su abanico.

—Pide perdon á la pobre, Lolita, corazón; prosiguió en tono suave y suplicatorio la buena mujer; si lo haces, te llevo á la Alameda, donde verás á tu mamaita.

—¿Hay *música*? preguntó la niña.

—Sí, hay *música*; la de la tropa.

Lolita volvió su carita que engarzaba la capota rosa, hacia la niña mendiga, y le dijo:

—*Pedon, poecita*. Y en seguida, como tanto en la senda del bien, como en la senda del mal, el primer paso es el que cuesta, segun dicen muy bien los franceses, dado esto, Lolita entusiasmada alargó su rosquete á la pobre niña, con el ademán y expresion de rostro de Escipion al devolver á Alucio su hermosa novia hecha esclava en Cartagena. Verdad es que faltaba al rosquete la mitad, y que el ánsia de Lolita habia sido mayor que su apetito.

A la noche la niña mayor, refirió á su madre cuanto habia pasado.

Esta señora, verdaderamente ilustrada, y que tenia los buenos sentimientos que la verdadera ilustracion ennoblece y refina, tuvo un pesar real por la accion de su niña, y al dia siguiente fué ella misma con sus hijas á llevarle á la pobre, ropa y socorros. Le gustó tanto la niña, que ofreció á su madre vestirla y costearle la escuela, y por eso hemos referido el anterior incidente, puesto que la impertinente palmada de Lolita tuvo para su pobre víctima incalculables resultados. Pero no anticipemos sobre lo venidero: preciso es saber antes de todo, quiénes eran aquellos mendigos que presentamos al comenzar este relato; y esto es lo que vamos á referir, si nos quereis prestar atencion.

II.

El dia de San Juan de 1821, se notaba en el muelle de Cádiz un gran y alegre movimiento debido á que era dia de toros en el Puerto.

Presentaba seguramente dicho muelle una bella y animada perspectiva á los ojos: en cambio eran destrozados los oídos por una descomunal y destemplada gritería, con la que el barquero de la bahía de Cádiz abusa espantosamente de sus pulmones y de los tímpanos de los que le oyen. Ciertamente se debería poner coto, por orden de buen gobierno, á esta licencia de garganta, que, unida á la de expresiones, incomoda, aturde, escandaliza é indigna al público indígena, y asusta al exótico.

—Señorito, dijo uno de los patrones del falucho, que se agitaba, gritaba y se movía sin cesar, y cuya voz ya estaba ronca, á un jóven, agarrándole por un brazo: Venga su mercé acá, mi amo; que, en este mismo instantito doy la vela, y pongo á su mercé en el muelle del Puerto en lo que canta un gallo, sin que haya siquiera notado que vá surcando el charco....

Y sin saber ni cómo ni por dónde, nuestro jóven se halló sentado en el falucho, ó, por mejor decir, preso en un ponton, pues una vez en el barco, ni se hizo á la vela este, ni pudo volver á tierra aquel.

—Patron, ¿hay buen viento? preguntó acercándose medrosa é indecisa una vieja.

—En popa, como un puntapié. Ande Vd., que nos vamos. Iza. Miguel. ¡Eh, vosotros! A izar, á izar; que nos vamos!

Por de contado los marineros no se movieron; pero el patron habia cogido á la vieja por los hom-

bros, y la había empujado en el falucho, como un fardo.

Apenas bogaba el barco, cuando, conociendo la vieja que el poco viento que hacia, era contrario, exclamó desesperada:

—Patron, no me dijo V. que el viento era en popa?

—Ya ha mudado.

—¿Si me lo acaba V. de decir!

—Como que no tiene ajuar, pronto se muda, contestó el patron.

Servando Ramos—tal era el nombre del joven de quien hicimos mencion,—hijo de un rico comerciante de Cádiz, había sido educado en Inglaterra; y á su reciente regreso á su patria, habiendo muerto su padre, se hallaba poseedor de una brillante herencia. Llevaba en su expedicion el elegante traje de majo sério, que los jóvenes gaditanos habían adoptado para ir á los toros. Consistia en pantalón, chaqueta y chaleco, blancos y finos como los copos de la nieve; una faja de seda celeste ceñia su cintura; un pañuelo del mismo género y color rodeaba su cuello, pasando los picos por una sortija, en la que brillaba un solitario de gran valor; calzaba zapatas de rico ante, para semejar á las de vaca de los *majos cruos*; sobre su cabeza, que adornaba una ensortijada cabellera, llevaba un sombrero calañés algo inclinado á la derecha; en una mano una clibata visualmente pintarrajada, y en la otra, (esto es *del conjuro*) un abanico de caña ó *calaña*, en que estaban reproducidos con los mas primitivos rasgos del dibujo, el tio Nones, el tio Perniles y el tio Conejo, gitanos que vendian ó habían vendido por las calles trébedes, tenazas y otros cachivaches, y cuyo tipo original se explota en el teatro hoy dia con los tios Caniyitas y otros personajes de zarzuelas y sainetes, que si bien no serán tipos romanescos ni estéticos, son indisputablemente cómicos y genuinos.

Aunque, por su larga ausencia de la *tierra de María Santísima*, le faltase á Servando Ramos algo de la soltura y gracia necesarias para llevar bien el trage que vestia, (que solo se adquieren en el país y con la costumbre de llevarlo), no obstante sentaba este trage muy bien á su linda persona; tanto, que habría podido servir de modelo á un pintor que hubiese querido ilustrar con adecuados tipos una novela de costumbres andaluzas.

Fiel á los hábitos contraidos en el extranjero, Servando, lejos de mezclarse en la conversacion general que sostenian los demás pasajeros, se recostó sobre el codo, y se puso á mirar hácia el mar.

Esta tiesura é incomunicacion, que nace generalmente en los ingleses de su cortedad de genio y de los hábitos de su país, son en ellos cosas naturales, y no ofenden. Mas aquellos que en nuestro país, imitan esto, sin que á ello les autorice la costumbre, ni los disculpe la cortedad de genio, se hacen insufribles, porque demuestran desden. Ahora bien, de todos los insultos, ninguno hiere cual el desden: pues que los demás insultos recaen sobre algo, y nacen de una causa; pero el desden

germina y se eleva sin que se siembre, como la mala yerba.

Servando miraba la hermosa vista que á sus ojos se ofrecia, por no mirar á otra parte, y no porque le llamase la atencion. Hay seres, que, á no moverlos una pasion, nada mira con interés ni detenimiento, á no ser su espejo cuando están ellos delante. Son los tales instrumentos sin melodías, en los que no vibra sino una sola cuerda. No obstante, la vispera era magnífica y grandiosa, como todas las que ostenta en su composicion el mar, que es la vista mas admirable y conmovedora despues de la del cielo. Aquel dia uno y otro rivalizaban en esplendores; la atmósfera que entre ambos se movia suavemente, brillaba como un fluido de cristal.

Veíase en lontananza á Rota, rústica jardinera, que con las manos llenas de frutas y de legumbres, es la primera en dar la bienvenida á los barcos, que cansados y exhaustos de la travesía del líquido desierto, llegan á los puertos recogiendo sus alas como los pájaros á sus nidos. Mientras mas avanzaba el falucho hendiendo las aguas que en aquel dia, mas saladas que amargas, levantaban suaves murmullos y melodiosos gorgoros á su paso, mas se iba destacando la imponente mole abandonada del castillo de Santa Catalina, detrás del cual se iba retirando modestamente Rota, cual si se volviese á sus huertas, á sus viñas y á sus melonares. El fuerte coloso se alza aun, haciendo frente al embate de las olas, aunque sin su vida de fuego y su corazon de bronce; como un valiente y fuerte centinela que, aun desarmado y herido, no abandona el puesto. Entró el ligero surcador de la bahía en el Guadalete, á cuya orilla izquierda se tiende y estira el Puerto de Santa María. Lo primero que á la vista se presenta, son sus magníficas bodegas, que surten á Europa de su mejor vino; y algo retirado de la orilla, ese circo magno, esa plaza de toros, teatro de la extraña y bárbara diversion, por desgracia, aneja al nombre español. Añeja diversion, que el tiempo poderoso no emboita, que la civilizacion no modifica siquiera; en la que solo es necia y toscamente grande el hombre que por lucro espone su vida, é impiadosa é inhumanamente pequeños los que, sin riesgo y seguros, le aplauden y le animan, sin poder socorrerle si sucumbe. Esto hace que tan repulsante regocijo no halle mas disculpa ante el juicio de la razon, ni ante el sentir del corazon, sino la embriaguez que produce, trastornando al hombre que ambas cosas posee, entendimiento y corazon; como lo hace la embriaguez del vino. Quítese, pues, la causa para evitar el efecto. Y así probará al mundo la España moderna que no cifra todo su pensamiento *civilizador* en suprimir los monjes y dejar arruinar los conventos.

Servando, con su propension inglesa al aislamiento, había venido solo á los toros del Puerto, lo que le privaba de disfrutar con todos sus acesorios de aquella afamada romería, como lo hacian los demás jóvenes que reunidos hacian el viaje, comían y paseaban. Así fué, que andaba la ca-

les del Puerto, tan alegres y animadas en semejantes días, como pájaro bobo, según la expresión del país.

Llegada la hora de los toros, siguió al tropel de gentes que se encaminaban ruidosamente hacia la plaza; entró, y se colocó cerca de un grupo de jóvenes gaditanos, en el que se hallaban varios conocidos suyos.

(Se continuará.)

FERNAN CABALLERO.

CRITICA LITERARIA.

Obras de don Antonio Vinageras, dedicadas al Instituto de Francia: dos tomos, París, 1855 y 1858.

Entre los ilustres poetas que América ha producido, entre los Heredias, Plácidos, Echevarrias y tantos otros de un mérito relevante, descuella sin duda alguna un joven poeta cubano: el Sr. don Antonio Vinageras. Su nombre es poco conocido en España: quizá en Cádiz no lo será tanto, merced á algunos artículos que ha consagrado al examen de sus poesías *El Constitucional*.

El Sr. Vinageras es un poeta justa y altamente reputado en Francia: es miembro de su Instituto desde el año de 1856. Ha merecido elogios y distinciones de personas tan célebres como Mr. Villemain, Thiers, Lamartine, y Philarette y Chasles.

El Sr. Vinageras, comprendiendo la necesidad de nuestro siglo de que la poesía no hable solo á la imaginación, sino también al raciocinio, ha elegido para asuntos de sus obras los filosóficos. La poesía sin llevar consigo enseñanza, ¿qué es sino un juguete de muchachos?

Desgraciadamente nuestros antiguos poetas que tanto culto dieron á las literaturas griega y latina, no hicieron otra cosa que tomar de ellas la parte externa: es decir, la forma; pero pocas veces lograron penetrar en el espíritu que las anima. Mas claro, procuraron imitar el estilo; pero no se cuidaron de imitar la valentía del pensamiento. Pobre y desdichada la poesía que su mérito consiste solo en el lenguaje!

Así por ejemplo, el divino Fernando de Herrera, tenido por el mas grandioso de nuestros poetas líricos, ¿qué es en realidad sino un poeta solo de lenguaje?

Quítese de sus obras el atrevimiento de las imágenes todas de la Biblia, ¿y qué idea grandiosa queda de sus poesías en nuestra memoria? Nada, absolutamente nada.

Al punto que abandona la imitación del lenguaje bíblico y se abandona al suyo propio, ¿qué sucede? Lo que en la magnífica canción á la pérdida del rey don Sebastian: que despues de pasajes sublimes, termina con este pensamiento capaz por lo prosaico de helar al mismo fuego:

"Y Luco amedrentado, al mar inmenso

pagará de africana sangre el censo."

Por eso la poesía debe estar en el pensamiento y en el lenguaje, y si no puede estar en ambas partes, no esté en el lenguaje y esté en el pensamiento. Por lo comun los pensamientos mas sublimes, aquellos que arrebatan enteramente el ánimo del que los escucha ó lee, están escritos con las palabras mas sencillas. Por eso aquella expresión del Génesis, tan celebrada hasta de los autores paganos, *Hágase la luz, y la luz fué hecha*, admira y da una completísima idea del poder de la divinidad, sin necesitarse de palabras retumbantes, que encubren solo por lo comun la falta de grandiosidad en los pensamientos.

Siempre se apreciará mas, será mas comprendido y se tendrá por sublime la magestuosa sencillez de las coplas de Jorge Manrique:

"Recuerde el alma adormida"

que las mas fogosas canciones de Fernando de Herrera. Su paisano Rioja, es autor mucho mas sencillo, mas sublime que él, y por eso es mas popular.

Hecha esta pequeña digresión sobre nuestra manera de comprender la poesía, comencaremos á dar una idea ligerísima de los escritos del ilustre poeta cubano. Los asuntos que ha elegido no pueden ser mas á propósito para la inspiración. Ya canta en una oda á Europa y América, ya á Napoleon el Grande, ya al mar: ora los grandes pasos del genio ó la fusión de principios y de fuerza en el siglo XIX, ora la grandeza de la catarata del Niágara, á Newton, á la sublime lucha del atlántico, al occidente, á la invención de la brújula, á la fraternidad, al telescopio gigantesco de Lord Rosse, á Cook delante del Polo, al gran maestro Rossini, á la columna Vendôme, á la poesía del siglo XIX, á la muerte de Byron, á la Suiza libre, y á la sombra de Chateaubriand.

La extensión de las poesías del Sr. Vinageras nos impide trasladar íntegra alguna de ellas para que los lectores pudiesen comprender la justicia con que en el extranjero han sido aplaudidas, y con cuanta, aunque no tan dignamente, las damos á conocer á nuestros lectores. Pudiéramos copiar algunos pasajes excelentes por lo atrevido del pensamiento y lo grandioso de la locución; pero seguramente no producirían separados de lo demás de la poesía todo el efecto que su eminente autor ha querido y logrado. En las composiciones largas y filosóficas un gran pensamiento viene como encadenado á otros: el ánimo del lector se va preparando por la habilidad del genio del poeta, de forma que cuando el pensamiento sublime es presentado, viene á sorprender si; pero comprendiéndose todo él, todo el mérito del que lo ha inventado.

Este tan insigne poeta cubano paga bastante tributo á las formas. No se crea que dejándose llevar de los impulsos de una imaginación sobradamente fogosa, ora se levanta á las nubes, ora se abate hasta el lodo. Sin hinchazón en el lenguaje, es digno, magestuoso, grandilocuente en fin. Vulgaridad sería decir que como obra humana tiene

tales ó cuales defectos; ¿pero qué poesía aun de los autores mas eminentes está exenta de ellos?

Justamente en los autores de primera clase se hallan aquellas faltas, que el mas juicioso de los preceptistas griegos llama con muchísima razon *desprecios* ó pequeñas negligencias, que se escapan á los que no se cuidan mas que de lo grande, ni se detienen á detalles minuciosos. En este particular soy de su misma opinion.

Con lo sublime acontece lo que con una riqueza inmensa, que no se puede tener toda á la vista y en la cual, á pesar nuestro, es preciso descuidar alguna cosa.

Generalmente los poetas muy medianos conservan una igual entonacion en los escritos. Un entendimiento cobarde, segun denota la esperiencia, es casi imposible que pueda incurrir en defectos, porque como él no se aventura, como jamás se remonta, está pisando siempre en terreno firme. El que se eleva es solo el que se espone á caer.

Todo lo mas que se gana en evitar defectos por la medianía, á veces y nada mas que á veces, es que no pueda uno ser con justa causa censurado; pero la grandeza de los pensamientos junta á la magnificencia del decir, es lo que causa admiracion y entusiasmo.

Al terminar este pequeño artículo, tenemos la mas cumplida satisfaccion en recomendar á nuestros lectores las poesías del Sr. D. Antonio Vinageras, como obras dignas de ser leídas. En un siglo como el nuestro donde el defecto de la poesía es la trivialidad, se leen con el mayor placer obras, como las del escritor cubano, tan notables por la profundidad de los asuntos como por la felicidad del desempeño.

ADOLFO DE CASTRO.

FATIMA.

Episodios é intrigas del Serrallo en la corte otomana, bajo el reinado del sultan Mahomed II.

NOVELA

POR

PEDRO DE PRADO Y TORRES.

DEDICADA

como prenda de acendrado cariño á su esposa Adelaida Mozo Sancho.—EL AUTOR.

Querida Adela: esta novela cuyo argumento está tomado de la historia, y de un género poco usado, es una imitacion de la literatura oriental, y cuyo ensayo en bosquejo dormia en mi papellera desde el año 1855.

Si me decido hoy á darla á luz, consagrándote mi modesto trabajo, es porque me persuado que podrá servir á tu sexo de solaz y de utilidad al mismo tiempo, por el *tratadito de belleza* que in-

tercalo en la fábula. Mi héroe Abed-Ker es un sabio facultativo que inicia á su amada en los misterios de la belleza: y creo poder aventurar la opinion de que, uno de los mayores obsequios que puede hacerse á las jóvenes dotadas por la naturaleza con el precioso don de la hermosura, es revelarlas el arte de aumentarla y conservarla.—P. DE PRADO.

INTRODUCCION.

I.

En la ciudad de Moka, capital de la Arabia feliz, nació Abed-Ker de unos padres ilustres en el divino arte de la medicina, en cuyos arcanos iniciaron á su hijo, quien llegó á adquirir igual celebridad, cuando el vivo deseo de ensanchar mas la esfera de sus conocimientos en otras ciencias, le decidió á emprender un viaje á Constantinopla; allí conferenció con los mas hábiles doctores, quienes alabaron la mucha ciencia de nuestro jóven viajero, y los *derviches* propalaron la voz de que el Gran Profeta miraba con ojos favorables á los musulmanes, en prueba de lo cual les enviaba uno de sus mas fieles servidores para poner feliz término á las tribulaciones de la nacion, con motivo de hallarse el Sultan Mahomet II postrado en el lecho del dolor, consumido por una fiebre tenaz y abrasadora; tanto, que sucesivamente, uno tras otro, los médicos iban abandonando la cabecera del rejoy moribundo, desesperanzados de lograr curar tan rebelde como implacable dolencia: pero llegó Abed-Ker, observó con escrupulosa atencion al Sultan, y administrándole ciertos polvos blancos, conocidos de él solo, con asombro de los demás facultativos combatió la fiebre, procuró reposo al enfermo, no tardó á ponerle en estado de convalecencia, devolviéndole finalmente su completa salud antes de dos meses transcurridos.

El Sultan en la efusion de su gratitud abrazaba con arrobamiento á Abed-Ker llamándole su salvador; y temeroso de perderle nombróle su *lekin-laki*, esto es, (primer médico de cámara y de las mujeres del serrallo); con orden expresa á los eunucos para que acataran las disposiciones de Abed-Ker, permitiéndole libre entrada en el *harem* á todas horas.

Entre las odaliscas que allí vió el nuevo *lekin-laki*, halló una sobre todas, que no tardó á encender en su corazon un amor tan ardiente, como acendrado, profundo y duradero.

II.

Fátima fué adquirida en Georgia, pais famoso por la proverbial hermosura de sus habitantes; al entrar en el harem del Sultan, eclipsó á todas las hermosuras que cobijaba, sin que nadie pudiese sostener la competencia ni aun la misma odalisca Irene.

Perfectamente ovalado el lindo rostro de Fátima, formaba un delicado contorno, iluminado por

dos ojos del color de la cerúlea bóveda en un bello día primaveral bajo dos negras, delgadas, y bien arqueadas cejas; su frente simétrica era digna por su nobleza de ceñir una imperial diadema; su nariz sin defecto trazaba casi una precisa línea con la frente y dividía con gracia sus megillas delicadamente sonrosadas; la boca era pequeña; firme su nacarada dentadura, y el hoyuelo con que terminaba su dentadura era como diría Cervantes, una sepultura de vivos deseos. Negros y lustrosos como las alas del cuervo era su profusa cabellera.

El respeto, la admiración, y el amor á la vez, que sabía inspirar Fátima, son inenarrables, solo podían sentirse. ¡Y qué bien modeladas eran sus formas corpóreas, dignas de albergar su alma hermosa! Insensiblemente uníase su ebúrneo cuello á su marmóreo pecho, templo de amores ostentando tesoros de juventud, y lozanía; sus torneados y académicos brazos parecían destinados á encadenar el mundo. ¡Su estatura sin ser alta ni baja, era sí, bien proporcionada; delgado sin exageración su tallo esbelto, pequeño el pie sin ser enano; y á tantas prendas que parecían bastar, hay que añadir por complemento las dotes intelectuales que ornaban su esclarecido entendimiento.

III.

El *lekin-laki* se fué prendando de tal modo de los hechizos de la bella georgiana, que no podía sufrir las horas que le alejaban del serrallo. Su corazón virgen todavía hasta entonces, jamás se sintió acometido de semejantes sensaciones; acababa por decirlo así, de sorber por los ojos un néctar que después de gustado una vez era imposible prescindir sin continuar saboreándole so pena de vivir desgraciado. Fátima por unadichosa coincidencia, (que él no osaba sospechar aun), fijó asimismo su consideración en la persona del enamorado doctor; la arrastraba hacia el mismo una irresistible simpatía cual jamás había profesado á hombre alguno; en honor á la verdad que se lo merecía, pues era joven, de gallarda presencia, de tierna y espresiva fisonomía, de noble ademán; de mirada viva y penetrante; elegante porte; elevada estatura; y de un atractivo tan grande en sus maneras, trato, y la elocuencia de sus palabras, que inspiraba desde luego confianza, y amistad á cuantos le trataban.

—Perdóname, la dijo á Fátima, á las pocas entrevistas que tuvo con ella: perdóname si con tanta frecuencia vengo á turbar tu soledad abusando del privilegio que se me concede: porque yo busco naturalmente el paraíso, y este se halla dó se encuentran tus ojos; porque eres tú, una de aquellas ninfas que tienen su asiento en el cielo en que mora el gran profeta: y es mas suave para mí tu aliento que el de las perfumadas áuras que nos acarician después de atravesar llanuras cubiertas de odoríficas rosas, y amarantos.

Escuchábale Fátima silenciosa; pero mal disimulando con una deliciosa sonrisa su contento.

—No te causen enojos, prosiguió aquel: ni te alarmen mis espresiones; tu belleza me las dicta:

la belleza, sí, que después de la salud es el mas rico presente de cuantos pudo deparar el cielo á tu sexo, y equilibra ella sola las demás prendas en que pueda aventajarte el sexo fuerte: porque la *belleza* es un talisman que sensibiliza los corazones mas empedernidos; derrite el metal de las almas inertes; alienta al débil, triunfa del fuerte, somete al rebelde, persuade al sabio, amansa las fieras por medio del amor que inspira; persuade mejor que los mas lógicos discursos, y nos pinta la imagen de la divinidad con mas elocuencia que la misma filosofía.

—¡Ah! repuso Fátima; está haciendo la pintura de un bien, por desgracia harto efímero y que se pierde con mucha facilidad. Yo comparo la hermosura, á una flor fragante, que con la aurora nace, vive.... una mañana: por la tarde se marchita, y perece olvidada en medio de las tinieblas de la noche....

—Tu belleza, Fátima, no es de esas; y me aventuro á asegurarte mas aun; que en tí podría tal vez consistir que durase tu hermosura tanto como tu vida, aun cuando llegaras á ser un ejemplo de longevidad.

—A pesar de no poderme las explicar, me asombran tus palabras, doctor.

—Escucha, pues, bella odalisca. Tu habrás oído hablar de la *pedra filosofal*, y de cierto supuesto *elixir di lunga vita*; por supuesto.... ¡delirios de la mente de algunos embaucadores, y visionarios como los Paracelsos, etc.—Jamás mortal ninguno, por mas que fuese tan alquimista y nigromante, como los mismos Zoroastro, y Nostradamus; ninguno, repito, inventó, ni las transmutaciones de los demás metales en oro, ni tampoco el modo de immortalizarse por medio del delirante sistema de la *transfusion de la sangre*; pero lo que sí existe, hasta cierto punto, es lo que yo llamaria una especie de *ELIXIR DE HERMOSURA*; no para tornar bellas, á las maltratadas por la naturaleza; pero es un *arte* conocido en la presente época de muy pocos y muy superficialmente para evitar que las injurias del tiempo impriman desastrosas huellas en su fresco semblante. Algunos de nosotros que dictamos preceptos para la conservación de la salud, somos depositarios de ciertos *secretos* para conservar la belleza.

En mi país, Fátima, los que nos dedicamos al estudio profundo de la medicina no nos contentamos con devolver la salud al doliente: no somos como aquellos arquitectos que procuran solamente por la solidez del edificio, desatendiendo enteramente su decoración y adorno. Seres hay que con tal de resguardarse de la intemperie, poco les importa que sea en un palacio, ó en una cueva de fieras; pero los hombres de inteligencia superior, y esquisito gusto, piensan y proceden de muy distinto modo, procuran rodearlo todo de cierto prestigio encantador, hasta las cosas mismas mas necesarias á la vida como el lecho, la mesa, etc., y convierten hasta los terrenos mas incultos en frondosas alamedas y elegantes paseos, redundando cuanto tocan en beneficio propio, pero armonizando con lo

útil, lo agradable; además, la hermosura generalmente es compañera de la salud.

Fátima cada vez mas sorprendida repuso con viveza.

—¿Cómo, Abed-Ker! ¿Será posible que seas tú poseedor de un *elixir de hermosura*? ¡Ah dichosa mil veces la mujer que elijas para hacerla voluntariamente depositaria de semejante talisman; y me aventuro á suplicarte que me inicies con el tiempo, siquiera en algunos de los demás misterios de que me has hablado; pues me persuado que no puede ser quimérica la *felicidad* que logre tener por base la *salud*, con la *hermosura*; porque al par que la primera constituye nuestra dicha actual é íntima, convéncese nuestro amor propio por medio de la belleza de que nos es favorable la opinion ajená; poderoso resorte para cimentar nuestra felicidad relativa en este mundo.—Prolongóse la conferencia todavía un poco en el mismo sentido; y concluyó por retirarse Abed-Ker, á quien despidió Fátima diciéndole:

—¡Alá te guíe! y te inspire la idea de admitirme por discípula en los misterios de la medicina que tengan relacion con la conservacion de la hermosura.

IV.

Abed-Ker de regreso en su casa se sentia tan poseído de amor por la hermosura de Fátima como por la discrecion que desplegara cuando él hizo la pintura y panegirico de la belleza; si bien de sí mismo estaba descontento por no haber osado declararse abiertamente, como por la duda de si seria participado un amor, que por momentos adquiria mas profundas raíces en su corazon, esponiéndole por un lado á labrar su desdicha, de ser correspondido, y tambien por otro lado su total ruina, de serlo, si acaso llegaba á noticia del Sultan, quien á no dudar le castigaria con la muerte: cavilando Abed-Ker de este modo en su difícil y violenta posicion, continuaba aun despierto cuando ya el astro nocturno anduviera la mitad de su carrera: presentáronsele alternativamente varias visiones á su acalorada fantasía, las mismas que él creia dibujarse y alzarse ante sus ojos en las mismas tinieblas. Ya era Heráclides de Tarento arrebatado de amor por Antioquis dedicándole cierto tratado que compuso sobre *cosméticos*; ya Mercurial, confeccionador de un arsenal provisto de utensilios destinados á combatir los defectos que suelen conspirar contra la hermosura.—Desde el lecho donde no hallaba sosiego se trasladó Abed-Ker á un divan donde se recostó con ánimo de tranquilizar su espíritu; pero fué en vano si bien entonces, por fin, cerráronse sus párpados rendidos por la vigilia; pero nuevas fantasmas como continuacion de las primeras se le volvieron á presentar. Creyó ver á Circe hija del Sol, tan versada en el conocimiento de las plantas con las cuales producía efectos maravillosos: á Medea su sobrina, la que logró rejuvenecer á su suegra Æson: Artemisa reina de Cária cuya ternura por su esposo Mausoléo sirve de modelo al bello se-

xo; á Cleopatra reina de Alejandría que acudia á sus coqueteriles astucias, magüer su belleza extraordinaria, á fin de mejor vencer á César y encadenar á Marco-Antonio: Aspásia tan bella como erudita focense por quien suspiraron dos reyes de Persia; y á todas estas ópticas ilusiones evocadas por su pensamiento seguia en pos una cohorte de ninfas, á cuya cabeza descollaba Fátima; pero al intentar entre sueños arrojarle á sus plantas, deshízose el encanto, y despertó hallándose solo, de hinojos, y con sentimiento por despertar!.....

V.

No estaba menos agitada por su parte Fátima; tenia grabadas en el corazon las facciones de Abed-Ker, y se le aparecia su imagen involuntariamente. ¡Pobre Fátima!.... eres ya vencida! jese movimiento imprevisto de la naturaleza, esa fuerza vivaz, ese relámpago que brilla un tiempo mismo en uno y otro polo, y cuyo fuego abrasa tu pecho, es amor, Fátima! ¡en vano querrás combatirlo, tu corazon está encadenado!.... Tanto era así que ella solo anhelaba en su interior que fuese atravesado el pecho de Abed-Ker por la misma flecha que hiriera el suyo.

Fátima para hacerse propicio á ese niño tiranuelo que llaman amor, imaginó consagrarle un altar; á él, á su madre, y á la hermosura; al efecto, sobre una mesa de cedro estendió un tapete teñido en la púrpura de Tiro, que cubrió con el blanco cendal de que despojó su encantadora cabeza, colocó luego sobre la mesita un caprichoso espejo regalado por un embajador veneciano á Mahomet II; á un lado y otro, dos cajitas redondas contenian odoríferos polvos de Chypre; adornaban el frente magníficos tarros de plata llenos de suaves pomadas de Italia, entremezclados con elegantes frascos de colores, de porcelana del Japon, y de cristal de roca tallado, conteniendo olorosas esencias orientales; de dentro del cajon del espejo sacó unos peines y cepillos, con mangos y chapas de oro, que segun tradicion eran los mismos que pertenecieron á Venus.

Satisfecha quedó Fátima de su idea; y no fué otro, segun aseveran autores árabes, el origen de la *invencion del tocador*.

Como sacerdotisa de aquel altarito, adaptó una vestimenta adecuada, consistiendo sencillamente en una especie de peinador blanco, de batista, corto, y de anchurosas mangas; soltó la cinta de seda y plata que sujetaba su abundante cabello, que cayó libre, airoso y flotante sobre sus espaldas, semeándose á aquellas ninfas que consagradas á la diosa Vesta tenian el encargo de mantener siempre ardiendo los fuegos sacros; sentóse ante aquel altar y empezó á recogerse los rizos con hojas de lindas novelas impresas en papeles de colores, en cuya ocupacion la sorprendió Abed-Ker, el cual apesar de llevar preparado un elocuente discurso enmudeció su labio, y solo pudo hincar una rodilla. Fátima le acogió con una hechicera sonrisa; y des-

pues de algunos momentos de silencio, recobrando Abed-Ker su serenidad, la habló así:

—Hermosa Fátima; según ayer me manifestaste, anhelas á semejanza de Aspásia, y de Cleopátra, penetrar en el santuario misterioso de la medicina; y por cierto me persuado que, así como tú eres mas que aquellas hermosa, sabia y virtuosa, harás mas rápidos adelantos en dicha senda. Los sentimientos que tú infundes son....

Abed-Ker tuvo que contener con violencia la declaracion pronta á escapársele, á su pesar.... ¡Y en qué asilo!.... ¡allí donde exclusivamente era dado al Sultán reinar como tirano!.... Fátima, mal disimulando el júbilo que rebosaba en su pecho, afectó no comprender, y repuso:

—Basta; penetro perfectamente que vienes á decirme que accedes á mis deseos:—por mi parte seré tu alumna dócil, aplicada y agradecida, y desde hoy mismo podemos empezar á *entrar en materia*.

PARTE PRIMERA.

I.

La hermosura, dijo Adeb-Ker, estriba en un conjunto de formas que deleitan á cada uno de nuestros sentidos en particular: á la vista por su estension, número, color, y la armonía de sus diferentes partes: al tacto, por su tegido; por su olor al olfato; á nuestros oídos por el sonido;.... y no puedo menos que observar de paso, Fátima, que en mi concepto eres tú, el cumplido modelo de lo que acabo de definir. En corroboracion, pues, de mi anterior aserto observaré tambien que, una persona desproporcionadamente gruesa, ó alta; delgada, ó baja, nos causa mal efecto por dejar de armonizar con la generalidad. La talla de un gigante, ó de un enano, son igualmente estravíos de la naturaleza. Por lo regular, la hermosura sigue la regla general prescrita por la misma naturaleza. Otra de las leyes que constituyen parte de la belleza, es como dejamos dicho ya, el colorido. Un cutis demasiado moreno, amarillento, ó cubierto de pecas, en la mujer es defectuoso, puesto que el sumo grado de la hermosura de la tez consiste en su mayor blancura. El número entra tambien indispensablemente á la parte para la belleza. ¿Qué sería de un rostro con dos narices, con un ojo de menos, ó con alguna excrecencia carnosa cualquiera por añadidura? La *compostura* es tambien condicion necesaria para realzar esa hermosura; una dentadura descuidada, unos cabellos mal ordenados desgracian un rostro aun cuando esté dotado de regulares facciones; cada una de las partes, repito, han de armonizar entre sí; y el tejido de cada una de esas partes, se hace necesario que posea cierta perfeccion; por que un cutis sobrado áspero, cubierto de vello, ó maltratado de las viruelas, afea la cara de cualquiera dama. Tocante al capítulo del olfato, supóngase una persona cuyo aliento no sea puro, ó que exhale de su cuerpo olores fétidos, no podrá menos que causar repugnancia. Como complemento, opino que ese animado conjunto debeposeer una voz que disponga fa-

ENERO.

vorablemente á un corazón seducido ya por las demás gracias. Conoci á una hermosa jóven que nunca encontró un solo amante de algun mérito, porque su voz era ronca y desagradable; todos aquellos que atraídos por su hermosura se acercaban á admirarla, huían luego que la oían hablar. El tamaño, por decirlo así, compuesto de *longitud, latitud, y profundidad*, puede ser defectuoso en cada una de estas dimensiones. Según nuestros antepasados, la estatura máxima del hombre bien proporcionado no debe pasar de cinco pies y medio de cuya medida si se separa por exceder ó disminuir, se hace defectuoso. El gran desarrollo en la talla consiste principalmente en el clima donde se nace; tambien influye la educacion, el régimen de vida en la niñez, y ciertos ejercicios gimnásticos. La pequeñez de la estatura además de dimanar de las mismas causas en sentido inverso, proviene de una conformacion viciosa en los extremos inferiores, y en largas enfermedades que hayan padecido algunos niños; lo que acabo de explicar de la longitud es aplicable á la profundidad. No se crea que yo pretenda que el arte pueda conseguir que unos ojos demasiado hundidos, lo sean menos, nó; pero como quiera que en los principios que establezco, existe cierto encadenamiento de causas y efectos, acontecer suele á veces combatiendo un vicio general, destruir de paso otro particular. Remediando, por ejemplo, la demasiada flaqueza, llénanse necesariamente los huecos que se encuentran en las clavículas que salen de los hombros, y asimismo llenaríanse los hundimientos de las mejillas causados por la elevacion de los pómulos de la cara. En otra sesion me ocuparé de la *latitud* con relacion á las partes del conjunto, y en el intrínseco; siendo demasiado vasta se llama *grosor*; y *flaqueza* si es demasiado escasa. Mañana examinaremos por separado cada una de dichas cualidades.

II.

Hé aquí lo que tenia que decir tocante al *escesivo grosor*: la piel no es la sola túnica que cubre el cuerpo humano, hállese éste revestido además de una capa ó membrana mantecosa; este tejido celular está pegadísimo á la piel que acompaña en toda su estension y está lleno de una materia oleosa que puede volver á entrar en la masa de la sangre reparando las pérdidas ocasionadas por una larga abstinencia; entretiene los músculos en la necesaria elasticidad á su accion, preservando al cuerpo contra la demasiada sensacion del frio, que impresionaria mas á los delgados que á los gruesos: otra de las principales propiedades de ese tegido es la de sostener el cutis y darle forma agradable, llenando los intervalos que los músculos dejan entre sí. Este aceite puede ser abundante ó escaso, de aquí dimana el demasiado grosor en el primer caso que puede ser general, ó solo parcial; ocupémonos ahora de la *grosura general*.

La historia nos habla de una mujer que pesaba *trescientas libras*! Compárese esa voluminosa masa de carne con la ligera ninfa corriendo sobre la are-

nosa playa imprimiendo apenas en ella la huella de sus pies. Una grosura escesiva es fatal á la hermosura porque borra las delicadas líneas de las facciones; desarrolla el busto en términos de matar la ilusión.

Embastece los talles flexibles, destruye la agilidad y gracia en los movimientos, é imprime una flojedad y dejadez que enfadan; este estado al parecer debería de anunciar una salud robusta y perfecta, mas no es así; las sensaciones son menos vivas, la respiracion mas trabajosa, y mas frecuentes las indisposiciones, además que las mujeres de esta complexion son las mas estériles: diríase que el alma se halla como sofocada por la materia, y que funcionan con mas entorpecimientos hasta las facultades intelectuales; y á tantos inconvenientes añádase el no pequeño de que las personas obesas viven menos que las otras. Si bien puede contarse como la primera de las causas de la grosura la gran cantidad de sustancias nutritivas esparcidas en la masa de la sangre, y en una gran fuerza en las cocciones del estómago &c., no se debe atribuir exclusivamente ese resultado á la mucha cantidad, y succulenta calidad, de los alimentos: personas conocemos todos, pocas en comidas, no muy nutritivas, que engruesan con todo. Existen otras causas además para esto, á saber: un aire frio y húmedo, bebidas espirituosas, la falta de ejercicio, la perfecta calma de las pasiones, sueños harto prolongados, una vida muy sedentaria.

—Efectivamente, repuso Fátima, recuerdo haber leído en las relaciones de los viajeros, que en los pueblos septentrionales suelen ser gruesos y altos sus habitantes, mientras que los que moran en las regiones mas cercanas al sol, son mas bajos, y flacos; esto tal vez consiste en que se traspira mucho en estos países, lo cual contribuye á desgastar las carnes, y yo misma observo que los animales están mas lucidos en invierno que en verano; pero permíteme ahora una pregunta: ¿Por qué medios combatirías una grosura escesiva?

—En primer lugar recetaría una dieta gradual hasta fijar el alimento en una cantidad marcada, pero no de repente, porque toda alteracion repentina trae consigo fatales consecuencias; prevendría que estos alimentos fuesen poco jugosos, no cargados de sal, ni de especias. Los naturalistas han observado que los animales carnívoros son mas flacos que los que se alimentan de vegetales, razon por la cual recetaría yo mas carne que pan, además le aconsejaría que no cenase; suprimiría algunas horas de sueño, y si necesario fuese, haría que con la fuerza del calor se ocupase de algun trabajo en que tuviese que discurrir el entendimiento.

Digamos ahora algo someramente (por no cansarte con pesadas disertaciones), sobre la grosura parcial.—He visto en cierta ocasion una mujer cuyo vientre tenia *dos varas de circunferencia*, de manera que apenas podia moverse; un facultativo le aconsejó que usara *un cinturón de sal*, remedio que por ser de fácil ejecucion, aunque con poca fé, adoptó, dando un excelente resultado, porque su vientre disminuyó de *dos tercios*, y con su

agilidad recobró la salud y la hermosura. Este suceso que á todos maravilló, se esplica sin embargo, perfectamente: la simple aplicacion de la sal comun, es muy eficaz para disolver los humores condensados por su detencion en las glándulas. Las europeas no son tan propensas á ese acrecentamiento de vientre como las turcas y las asiáticas, porque los trages orientales no las comprimen, al paso que las primeras usan apretados justillos reforzados con ballenas, útiles por acostumbrarlas á andar derechas, las sostiene el pecho, las ajusta el talle, y las imprime una particular gracia. Tú, Fátima, nunca estarias espuesta á los inconvenientes de no llevar corsé, porque las mujeres de la Mingrelia, la Circasia, y de tu patria la Georgia, conservan aun en el invierno de su vida tan firme el busto, como las europeas bien formadas, en la primavera de sus años.

(Se continuará.)

ESTUDIOS HISTORICO-CRITICOS

SOBRE LA

DECADENCIA DE LA LITERATURA ESPAÑOLA.

ARTÍCULO PRIMERO. (*)

„El mal gusto, que precede al bueno, es preferible al malo que le sucede.“

H. Walpole.

Aunque reconocemos y de buen grado confesamos que nuestra edad es mas á propósito para dedicarnos al estudio que para aventurar juicios y esponer francamente nuestras opiniones, vamos no obstante, á reseñar sin los resabios de escuela en una série de artículos, hijos de la meditacion y del estudio, el período de la decadencia de nuestra literatura, tarea ímproba y superior á nuestras débiles fuerzas. Demasiado jóven, para proceder como historiador, ó como crítico propiamente dichos, vamos á hacer un ensayo en estos *„Estudios histórico-críticos“*, protestando ante todo que ningun género de pretensiones domina nuestro ánimo; y manifestando si las aguas de las fuentes á que habremos de acudir á beber nos parecen sucias, ó limpias, ya que atravesamos una época en que, para defender una idea, tengamos que abrir las páginas de la historia en demanda de razones, ó para dar autoridad á nuestras palabras apoyarnos en el báculo de ancianos eruditos. No se crea, pues, que venimos á establecer un método nuevo; ni que hemos registrado los olvidados archivos de esa triste y desgraciada época de nuestra historia literaria para presentar á nuestros lectores borradores imperfectos ó corroidos, manuscritos de algun autor sin nombre ó sin númen poético: las notas y citas de que nos valemos se encuentran en las colecciones que mas ó menos autorizadas, corren en manos de los aficionados á los estudios literarios, mereciendo

(*) Estos artículos son propiedad del autor.

tan entero crédito que nadie ha dudado de su autenticidad.

Es un hecho inconcuso, innegable, que nuestra historia política y literaria siguen una marcha uniforme y paralela, presentando á la observacion del hombre pensador iguales vicisitudes, lo mismo en su elevacion que en su decadencia. Esta marcha uniforme y anómala, cuyo origen y trascendencia no es de nuestro ánimo indagar hoy, no la vemos tan manifiesta y tangible en la historia política y literaria de las demás naciones de nuestro continente, en donde se observa que progresa, ó se eleva la una sin que se resienta, ni padezca la otra. ¿Por qué nuestra literatura ha de vivir condenada á sufrir el destino de nuestra historia política? ¿Cómo explicar esta anomalía? ¿Por qué este destino común? ¿Qué causas, ó motivos, por poderosos que sean, han podido influir para que nuestra literatura presente semejante anomalía? Nosotros teníamos la literatura mas precoz que se ha conocido, al propio tiempo que dábamos al mundo el ejemplo y el modelo de instituciones libres, guardando perfecta armonía; y nuestros mas célebres escritores producian grandes obras, cuando nuestros afamados capitanes asombraban al mundo con sus heroicos hechos y estendian nuestra lengua con las armas victoriosas en ese nuevo mundo; creador por el Eterno para inmortalizar las coronas de Castilla y Aragon.

La decadencia de nuestra literatura se hizo sentir mas rápidamente que la de ninguna otra nacion del continente europeo, teniendo por origen las mismas causas, los mismos motivos que todas las decadencias literarias que registran las páginas de la historia. Conducidos á Italia los españoles por los acontecimientos políticos, se apasionaron con frenético entusiasmo de las deliciosas poesías de Dante, Petrarca y Boccaccio y á su regreso repitieron á sus familias y públicamente esas canciones suavísimas y delicadas que, no sin fundamento, les parecieron hermanas de las suyas: las tradujeron y luego las imitaron, tomándoles lo sustancial y la forma, los pensamientos y ritmos poéticos, los diversos géneros de literatura y las distintas especies de prosodia, por lo que recibieron el nombre de "*Petrarquistas*" los que las imitaban y el célebre Cristóbal de Castillejo, al frente de los acusadores, echaba en cara á los reos de lesa-prosodia que hubieran introducido un cisma en la poesía nacional, como Lutero en la Iglesia. Careciendo pues nuestra poesía erudita del carácter puramente nacional, los poetas tenían que lucir su rica y varia imaginacion en las academias, quedando olvidadas en sus archivos las bellas composiciones que, perdidas ó destruidas por el tiempo, nos son completamente desconocidas; al paso, que los antiguos romances, que merecian las simpatías del pueblo que los cantaba en sus fiestas, retenidos cuidadosamente en la memoria, se imprimian y circulaban con profusion.

Y cuenta que la decadencia de nuestra lengua empezó en el mismo siglo XVI y Capmani en su "*Teatro de la elocuencia*," siguiendo á Perez de Oliva, Garcilaso y otros célebres escritores que le-

vantaron su robusta y autorizada voz contra los que no querian vulgarizar las ciencias, atribuye esta decadencia á los doctores de las Universidades que se valian del latin en sus obras facultativas. Pero, por muy grande que sea nuestro sentimiento al separarnos de la creencia de escritores de tan grande nombre y autoridad, opinamos de distinto modo en la conviccion profunda de que nadie prefiriere las palabras á la esencia de las cosas mismas; ni un discurso inútil hermosamente escrito, á una oracion de reconocida importancia aunque desaliñada; porque ¿cómo nuestros célebres escritores hubieran alcanzado tanta gloria en ese siglo de tan grandes, importantes y urgentes negocios públicos, si hubieran escrito sus obras en lengua castellana que ninguna seguridad prometia de entenderse en toda Europa y pasar sin quebranto, ó adulteracion á las edades futuras? El erudito y respetable Mayans cree ver las primeras muestras de la corrupcion del estilo en las obras de Fray Hortensio Paravicino y el crítico Luzan, de no menos autoridad, la atribuyen al italiano Malvezzi y á su afectada prosa que tuvo muchos imitadores; pero nuestros lectores comprenderán que es modelo muy poco autorizado. Nosotros pues aunque sentimos de todas veras separarnos de autoridades que nos merecen el mayor respeto, creemos, siguiendo la opinion de un autor anónimo de fines del pasado siglo (aunque á decir verdad, los autores anónimos no nos inspiran confianza) que el primero que despedazó el lenguaje fué el circunspecto D. Diego de Saavedra y Fajardo en sus "*Empresas políticas*" y mientras no se aleguen otras razones, ó documentos que puedan traer á nuestro ánimo la evidencia, seguiremos opinando que motivaron la decadencia de nuestra lengua los que despreciaron, ó desconocieron sus bellezas.

El lenguaje poético, sencillo y natural de los Herreras y Cervantes, pareció ya frio, vulgar y rastroso en la época que ligeramente vamos reseñando; parecieron ya indignos de aquella poesía; que vertió torrentes de armonía dulce y suave, los últimos adornos que tanto la embellecieron, y nuestros escritores, no sabiendo contener su ardiente imaginacion dentro de los justos límites trazados por sus ilustres predecesores, perdieron el tino precipitándose frenéticos en el vastísimo campo de lo raro y estravagante á lo que llamaron *genio individual*. El tedio que causaba lo conocido; el desseo, la pasion de novedad, descubrimientos y conquistas que dominaba el cuerpo social; la general depravacion del gusto; las exigencias del discurso, crecientes de dia en dia; el contagio del ejemplo; el público veleidoso y la fácil acogida que se dispensaba á los innovadores que, dando giros estraños y violentos á las frases, usando con profusion de imágenes atrevidas y ridículas, de alegorías incomprensibles, de metáforas estravagantes, de trasposiciones intolerables y de antítesis pueriles, y fascinando por lo maravilloso y lo sorprendente, y convirtiendo en licencia la libertad poética, llegaron hasta el estremo de desoir los consejos de los que, amantes y guardadores del gusto clásico, no

se afiliaban en la bandera de los que se llamaban *cultos*, son las causas que dieron lugar á la decadencia literaria que todos deploramos y deplorarán las generaciones que nos sucedan. Los conceptos equívocos, retruécanos y comparaciones, hacían poco menos que imposible entender el verdadero sentido de las composiciones, y, para descifrar aquel lenguaje enigmático, necesario fué acudir á las notas y comentarios que muchas veces llevan mas confusion al ánimo del lector.

Enumeradas y examinadas, aunque no con todo el detenimiento que fuera de desear, las causas que ocasionaron en concepto de los críticos la decadencia de nuestra literatura, se hace preciso apuntar los principales caracteres, ó procedimientos del *culteranismo* ó *cultismo* que, para mayor brevedad y esclarecimiento, podemos reducir á tres: primero el abuso del neologismo, dando á las palabras acepciones estrañas y violentas y forjándolas con el latín: segundo el abuso de las inversiones, forjando las reglas de la sintaxis y la prosodia, sacrificando al efecto de los sonidos la pureza y la claridad del lenguaje, y tercero el abuso de las hipérboles y de todas las figuras retóricas. Los retóricos, que fueron los primeros en burlarse de la escuela de los cultos, augurándole pocos días de vida, se alarmaron al ver que la juventud que, aun se sentaba en los bancos de las Universidades, amante siempre de la novedad, se declaraba enemiga de las reglas y preceptos aristotélicos, aceptando, proclamando y defendiendo en las aulas y academias la heregía literaria, que poderosa venía á destruir la ortodoxia de la tradicion, cortaron sus plumas y abrieron controversias para demostrar doctoralmente la falsedad, los errores, y estravíos del cisma literario, invocando, aconsejando, y defendiendo los antiguos preceptos de Aristóteles y de Horacio. Esta contienda se observa tambien en el origen de nuestro teatro entre los autores que no quieren sujetar su ingenio á las reglas, y los críticos que se esfuerzan porque las sigan y sujeten á ellas sus producciones. Y cuenta que, en ese gran siglo reformador, el romanticismo luchaba ya entre nosotros con los rígidos y fieles observantes de los preceptos aristotélicos y mientras el retórico Pinciano recomendaba á los escritores dramáticos el respeto á las unidades, Juan de la Cueva, en su "*Ejemplar poético*," obra que parece escrita para nuestros días, tomaba á su cargo la defensa de las libertades teatrales. Divertidas por demás son estas controversias por las sutilezas ingeniosas de que una y otra escuela se valían para defender los nuevos principios, ó la bondad de las antiguas doctrinas, y cuando los innovadores espusieron el *libre uso* de su ingenio se obstinaron ambas escuelas en sus principios; y al paso que la de los *cultos*, adonde entusiasmada se acogía la juventud, aumentaba de día en día el número de sus prosélitos, la clásica, compuesta de ancianos que fieles conservaban el gusto clásico, iba disminuyendo considerablemente.

(Se continuará.)

B. D. DE R.

REVISTA DE TEATROS.

PRINCIPAL: *Linda de Chammounix*. BALON: *Los moros del Riff*.

Linda es una ópera á la que le cuadra perfectamente el título. Es en efecto una produccion lírica muy linda, y no ciertamente la que menos ha contribuido á establecer sobre bases muy sólidas la gran reputacion del malogrado y fecundo Donizetti. Muy vista ha sido aquí, y muy bien se ha ejecutado casi todas las veces que se ha puesto en escena, siendo una de aquellas en que mejores recuerdos nos dejó la Rossi-Caccia, que fué quien logró levantarla de la postracion en que la hicieron caer desaciertos de su estreno. Desde entonces se ha oído siempre en Cádiz con placer, porque lo que haya podido echarse de menos en la ejecucion de tal ó cual artista lo ha compensado la de otro que á su vez ha escedido á su predecesor en el mismo papel; de modo que, como suele decirse, se ha ido lo uno por lo otro.

Su argumento está tomado de un drama bastante agradable traducido del francés por el Señor García Gutierrez, y que tiene por título *La gracia de Dios*. En su nueva transformacion italiana se le ha hecho perder no poco de su verdadero carácter, omitiendo las circunstancias que fijan las tendencias morales de la obra y que dan todo el interés á las situaciones en que se ve colocada sucesivamente la protagonista.

En efecto, si aquí como allí la jóven al llegar á Paris halla al vizconde á quien habia amado bajo supuesto nombre y mentida calidad; si este le ofrece su amparo y le proporciona un bienestar y un boato que su inesperienza absoluta acepta sin rubor, porque fiando en su virtud y en la de su amante no toma en cuenta las conveniencias sociales, que por otra parte desconoce; en el drama al menos el vizconde, recelando con razon que el unirse á ella es poco menos que imposible, no es poderoso á llevar la rigidez de sus principios á términos de dominar su pasion, y la inocente y enamorada niña, rodeada de seducciones, sola, sin consejo, casi está á punto de sucumbir, cuando la cancion de Pierrotto, que pasa á la sazon bajo sus ventanas, la vuelve á sí misma, resiste y vence. Aquel canto es el recuerdo de sus padres que la han educado en máximas santas, es *la gracia de Dios* que la escuda en el peligro.

Ya se comprende que esta virtuosa resistencia es la que la enaltece á los ojos del vizconde, la que hace á este arrostrar primero la cólera de sus parientes y calmarla después, la que allana al cabo todos los obstáculos. Ello podrá ser todo lo imposible, todo lo inverosímil que se quiera el que el heredero de una ilustre casa se una en matrimonio con una pobre aldeana; pero si es verdad que la sociedad de hoy lo repugnaria, y muchísimo mas la sociedad de entonces, tambien lo es que en el teatro hay harta mayor laxitud para aceptar estas cosas y otras como estas, siempre que en ellas se vea un galardón merecido para un amor desinteresado.

do y para una virtud á prueba de seducciones.

Esto consiste en que en el teatro solemos ser mejores que en el mundo exterior. En el teatro acaso nos interesamos por Linda; en el mundo es probable que nos riésemos de la improvisada vizcondesa.

Este conflicto entre el amor y el deber no existe en la ópera, y no sabemos por qué se ha renunciado á resorte tan excelente y del cual tanto partido habria podido sacarse. Linda aparece allí en una posicion algo equívoca, y no es por otra parte un gran esfuerzo de fidelidad el resistir á un viejo ridículo como el marqués. Allí no se vé otra resistencia.

Digamos algo de la ejecucion.

La Sra. Tortolini, ya lo hemos dicho, tenia que luchar con recuerdos para Cádiz inolvidables. No ha sucumbido sin embargo en la lucha, y esto debe bastarle. Sus esfuerzos no han sido infelices, y así se lo han probado los aplausos que en algunas piezas ha conseguido arrancar. Selva y Paccini muy bien como acostumbra. Este último con buenos arranques de actor. El Sr. Stecchi, que ya en *Los Puritanos* nos dió una buena muestra de lo que como tenor vale, no solo confirmó la alta idea que de sus excelentes dotes nos hizo entonces concebir, sino que la ha realzado en esta ópera haciéndose aplaudir estrepitosamente.

Pero dejemos aquí por ahora las tareas de esta compañía que á fuerza de mérito empieza á obtener justicia, y dirijamos nuestra vista al Balon donde nos esperan *Los moros del Riff*, drama de estrépito y de zambombeo, que á juzgar por las apariencias de su estreno eclipsará á *Los cosacos*, de grata memoria para el público, y mas aun para la empresa.

Este drama, como su título lo indica, es de circunstancias; lo cual quiere decir que no se busquen en él ni primores literarios ni condiciones del arte. Comenzemos pues por prescindir del argumento, por mas que sea mucho prescindir, y supongámonos en San Roque en el punto de partir algunas tropas para Melilla, continuamente insultada por los rifeños, si bien esperando ya próximo el momento en que la España se resuelva á vengar sus agravios con un duro escarmiento.

Hállanse á la sazón disfrazados en dicho pueblo Hejarch-Maimon, fingido buhonero, y Sidi-Numan, que con su hija Zara vestían el traje de marineros ingleses. El por qué no pudimos averiguarlo, pero tampoco importó mucho para éxito de las ulteriores operaciones militares.

No hay que decir que estos son moros visto lo enrevesado de los nombres.

Sidi-Numan, á fuer de viejo de experiencia, augura mal para ellos de la guerra, el otro se come los niños crudos, y ya se comprende que los dos están á matar, tanto mas cuanto que Hejarch-Maimon está enamorado del marinerillo inglés, y ya se miran aquellos dos como suegro y yerno.

Así las cosas, trábanse de palabras el moro viejo y el sargento Robreño porque aquel no quiere echar un trago á la salud de España, y ya está

aquel á punto de cometer un desaguisado, cuando á los gritos de Zara aparece el capitán Rafael y pone coto á las demasías de su súbdito. Despues de algunos incidentes entre una vivandera reclutada y su novio, que no quiere alistarse porque le duelen las muelas, marcha el batallón á campaña entre músicas y vivas.

Acto segundo. Campamento de los rifeños, puente al foro. Tadeo, el novio de las muelas que al fin se ha hecho soldado, ha tomado iglesia en la copa de un árbol, porque buscando dátiles se halló con el hueso. El Maimon, Numan y Zara hacen parte de la honrada compañía de pelones. Llega un moro espía y ofrece atraer á una emboscada al destacamento avanzado, y en efecto, el capitán y Robreño son cogidos y atados á dos árboles mientras se hace hora de despacharlos con toda solemnidad. Cinco moros quedan para custodiarlos; mas Tadeo se escurre bonitamente, rompe los lazos de los prisioneros, y entre los tres desarman á los cinco, cortando en seguida el puente. Pero eso no hubiera sido lo bastante á salvarlos, si Zara, agradecida al capitán y enamorada de él por contera, no los hubiese hecho escapar por una oculta senda, solo de los moros conocida. Llegan estos, ven que se les ha dado gato por liebre, descúbrense que es Zara la que ha andado en el asunto, y Hejarch-Maimon, con una lógica muy propia del Riff, dá de puñaladas al papá y se apodera del cuerpo del delito en provecho del sultan, á quien quiere regalar este pavo de Pascuas. Los cazadores acometen entonces, y allí se arma una de tiros, de bayonetazos, de coces y de puñadas que canta el credo. Caen los moros, el público aplaude á rabiar, chillan los chicos de puro entusiasmo, ladran los perros todos del barrio, y en medio de la mas espantosa gritería baja el telon, para volverse á levantar á petición de la concurrencia, ante la cual se exhibe de nuevo el cuadro que representa á los vencedores y á los vencidos.

Tercer acto. Sigue la gresca. Los moros están á poco trecho de Melilla, y despues de muchas danzas y regocijo desentierran un cañon que apuntan hácia la plaza. El sargento viene de parlamentario, aunque sin fruto. Rómpele el fuego, los cazadores dan el ataque, se apoderan del cañon, y paliza número dos con idénticas circunstancias. Zara se presenta y dice que quiere hacerse cristiana, el capitán le ofrece para entonces su mano, y termina el drama animando aquel á sus soldados con la esperanza de que pronto la España escarmentará para siempre á la canalla mora.

Suponemos que el autor no se habrá propuesto otra cosa que alimentar el interés del público español presentándole el espectáculo de los triunfos que nuestros valientes soldados han alcanzado ya en Africa, como primicias de los mayores y mas gloriosos aun que los esperan. Si es así, habria inoportunidad y hasta mala fé en analizar la produccion con arreglo á los preceptos literarios. Aquellas estrepitosas demostraciones tienen una cosa de bueno, y es que revelan la espontaneidad del espíritu de un pueblo que en masa se asocia

á la empresa noble y grande de nuestra rehabilitación á los ojos del mundo, viendo á un digno español, á un héroe, en cada uno de los que combaten en tierra extraña por la gloria y el honor de su patria.

Vista así la cuestión, vengan dramas como *Los moros del Riff*, vengan piezas como *La playa de Algeciras*, que para todas habrá aplausos, no tal vez por lo que ellas valgan en sí mismas, sino por lo que vale el objeto á que se refieren.

Otro día con mas espacio diremos algo de la *inocentada* que nos anunció el Principal y que nos ha hecho reír grandemente.

FRANCISCO FLORES ARENAS.

Opinion de la prensa de Sevilla respecto de la Señora Peruzzi.

Como todo lo que se refiere á nuestra excelente prima donna debe ser de interés para este público, parécenos oportuno el trasladar aquí algunos párrafos de un artículo escrito por el S. Vivaldi, artista de inteligencia, y que publicó El Porvenir, periódico de Sevilla que alcanza un crédito muy merecido en la prensa de España.

El dicho artículo, al concretarse á hablar de la Sra. Peruzzi dice así:

La privilegiada inteligencia con que la dotó la naturaleza, ese alma, ese corazón eminentemente artísticos, en cuya expansión se deleitan el sentimiento amoroso y el dolor, la elevan, á una altura sublime. Vésela en la *Traviata* ó la *Dama de las Camelias* desempeñar el papel de *Violetta* con tanta sencillez en todas sus escenas y transiciones, y se identifica tanto con el personaje, que el espectador se imagina ver la realidad misma; pero no por medio del estudio exclusivo del arte, sino por la inspiración momentánea. En el último acto cuando canta la romanza, el observador mas severo se siente arrebatado por el impulso de un móvil desconocido, é interrumpe esa melodía tan hermosa como bien ejecutada con ardorosos aplausos. Y ¿qué diremos de la cabaleta «*gran Dio morir si giovine?*». Entonces se eleva á mayor altura; su actitud es la mas interesante, su fisonomía expresa maravillosamente el dolor y se llena de un sentimiento dulce y tiernísimo, sus ojos inspirados se elevan al cielo para implorar la clemencia divina, y emite un canto que arroba al espectador en delicioso éxtasis: es imposible contemplarla entonces sin participar admirablemente de su ternura y de su despecho.

Obsérvesela en *Lucrecia*, en ese terceto que sigue al dueto con el duque de Ferrara, llena de venganza y de rencor propios de los Borgias, dominar con toda maestría y aplomo esos sentimientos tan diferentes y entregarse á esas transiciones tan violentas que se suceden en toda la situación del cuadro. ¡Con qué nobleza y arrogancia pronuncia aquella frase «Dúca Alfonso mio quarto marito....!»

esta sola basta para colocarla en la cumbre del génio, para cautivarle la admiración de las almas artísticas cuyo lenguaje posee en tan alto grado.

Para nosotros la Sra. Peruzzi es una celebridad, así en el canto como en el arte. Su canto no se aprende por las reglas del arte musical, es muy superior, es el acento del alma, es un canto lleno de sentimiento animado con claro-oscuro que deleita, que en vez de ser el objeto del artista, es el dócil instrumento de que se vale para producir una belleza elevadísima, porque es inspirada: esos pasajes sublimes fascinan al público y arrebatan á los espectadores en imponderable entusiasmo.

MODAS DE PARIS.

Henos aquí en Diciembre, el mas turbulento de los meses, aquel en que la locura agita sus casca- beles, y da alegremente la señal de los placeres.

Los salones vuelven á abrirse y van á comenzar los bailes; los conciertos se organizan; los teatros se ocupan con actividad de sus revistas de fin de año; los almacenes exhiben muchas seductoras novedades; en fin, movimiento por todas partes.

En cuanto á los equipos, ellos son abrigados y confortables, con arreglo á las exigencias de la estación.

Muchos trages de lana. Las ricas telas de seda se reservan, sin embargo, para los equipos elegantes.

Respecto á innovaciones caprichosas principiaré por señalarlos los corpiños abiertos por delante y con chal vuelto. Es la exhumación de una antigua moda, aunque me apresuro á manifestar que no tiene nada de graciosa: ella estrecha horriblemente el pecho, mientras que el corpiño montante enteramente cerrado lo ensancha con infinita ventaja. Añádase á esto las mangas ajustadas, lo que vale algo mas cuando se tiene un lindo brazo, porque entonces esta manga señalando los contornos los hace valer.

Habiéndose hecho la moda muy acomodaticia, y gracias á la feliz idea de nuestras costureras de multiplicar sus modelos, cada cual puede escoger con discernimiento lo que mejor le vaya. Así la mujer que tenga el brazo flaco conservará las mangas anchas; y de este modo todas pueden satisfacer su gusto ó las exigencias de su naturaleza.

Las guarniciones de punto de Hungría de la casa Sorré-Delisle gozan mas favor que nunca.

Este género puede prestarse á todas las transformaciones imaginables. Se sirven de él para montantes, al rededor de las naguas, en cada paño de la tela; y en los corpiños bajo la forma de bertas ó de vueltas. Hay tambien ramos que se colocan segun el gusto; forrageras, mariscalas, charreteras, en fin, bandas ó tiras que se disponen en forma de delantal en los trages. Todo esto es rico y distinguido.

Los sombreros de ciudad son sencillos; muchos de ellos no tienen otro adorno que el lindo velillo *Clotilde*, el cual no solo se hace de Chantilly, sino



Ne peut être reproduit

*Imp. Mariton.
222*

LA MODA
Revista Medica
Cadiz.
Ayuntamiento de Madrid



tambien
pricho
Se tr
tacion,
Mariti
esquisit
Tom
Un s
Una ba
A la
mo de
En e
lante, b
Segu
De te
A la
das, esc
Sobre
muy ric
En e
Tercer
En t
esto es,
La co
torcete
parte in
A la
los del
En e
margari
blonda
En g
por dela
Vuelv
de rendi
nadie.
He vi
dame R
de la pu
Un sc
do el fon
bavolet s
mismo c
otro ado
En el
hecho de
Carril
Segun
Prusia.
A un
roseta d
bache.
Band
blanca.
Voy é
vuestras
La ca
micos ba
arreglo
la cual c
paracion
Estos
compre

también en imitación, lo que pone este gracioso capricho al alcance de todas las fortunas.

Se trata de pasar revista á los sombreros de la estación, y entro en primer lugar en casa de Leroy-Mariton. ¡Qué gracia en todos sus modelos! ¡Qué esquisita frescura en la ejecución!

Tomo al acaso.

Un sombrero de terciopelo verde de dos tintas. Una banda de tela atraviesa el ala.

A la izquierda, tanto arriba como abajo, un ramo de plumas matizadas.

En el interior del ala carrilleras de blonda; delante, bandó de terciopelo.

Segundo modelo, sombrero para la noche.

De terciopelo real rosa de China y crespon blanco.

A la izquierda ramo de plumas blancas escarchadas, escondiendo una rosa sin hojas.

Sobre la copa serpea ligeramente una blonda muy rica.

En el interior del ala, bandó de capullos de rosa.

Tercer modelo, sombrero para visitas.

En terciopelo real blanco y terciopelo *Solferino*, esto es, flor de melocoton.

La copa es blanca y cubierta de pliegues. Un torcete de terciopelo flor de melocoton atraviesa la parte inferior de la copa.

A la izquierda, ramo de margaritas de terciopelos del ya citado color y blanco.

En el interior del ala, por delante, cordon de margaritas como las anteriores, y carrilleras de blonda blanca por uno y otro lado.

En general los prendidos son poco voluminosos por delante, permanecen poblados por los lados.

Vuelvo á los sombreros, porque cuando se trata de rendir homenaje al talento no debe olvidarse á nadie.

He visto ayer preciosos modelos en casa de Madame Rénevey. Justo es concederles los honores de la publicidad.

Un sombrero de terciopelo negro y grosella. Todo el fondo es negro. La parte anterior del ala y el bavolet son de terciopelo grosella. Un plegado del mismo color está colocado al pié del ala. Ningun otro adorno tiene.

En el interior, por delante, bandó doble plegado hecho de terciopelo negro y grosella.

Carrilleras de blonda blanca.

Segundo modelo: en terciopelo real azul de Prusia.

A un lado del ala, y casi sobre la oreja, hay una roseta de terciopelo, sujeta por una hebilla de azabache.

Bandó de tafetan azul. Carrilleras de blonda blanca.

Voy á haceros conocer, señoras, en interés de vuestras delicadas manos, una importante cosa.

La casa Prevost ha inventado unos *guantes químicos* bañados con una preparación compuesta con arreglo á las indicaciones del sabio doctor Alibert, la cual cura las grietas y los sabañones. Esta preparación se llama *filodermo*.

Estos guantes tienen además la virtud, y eso se comprende muy bien, de dar á la piel una extrema-

da dulzura, y aquella blancura aristocrática que es el complemento de una bella mano, y distingue la mujer de gran tono de la mujer vulgar. También los hombres hacen uso de los guantes químicos.

¿Y por qué no?

Enrique III dormía con guantes para conservar la belleza de sus manos.

Pero—me dirá alguno—Enrique III era rey. Poco importa. Ninguna necesidad hay de ser soberano para que uno quiera tener las manos blancas.

Os ofrezco mas pormenores para el próximo número.

MME. JULIETTE LORMEAU.

ESPLICACION DEL FIGURIN DE MODAS.

PRIMER FIGURIN.

Vestido de popelina azul oscuro: enagua lisa: monillo alto, redondo y abotonado: mangas anchas y sobre la costura una hilera de botones. Abrigo de paño con un ribete de terciopelo negro: mangas anchas, sombrero de terciopelo azul oscuro: á la izquierda del ala un ramo de plumas negras y en el interior bandó de margaritas de terciopelo azules. Regalillo de piel de Marta.

SEGUNDO FIGURIN.

Vestido Isabela, de gros rayado: el monillo y la enagua están formados en una sola pieza, adornándolos con una banda de terciopelo; mangas anchas plegadas por arriba y dos pliegues á la mediación del brazo: puño medio ajustado con un plegado de terciopelo: manguito de tul formando buche: cuello guipure: sombrero de terciopelo *groselles*; á la derecha lazos de terciopelo con dobles cabos de encaje negro y terciopelo: en el interior del ala adorno de tul y bandó de terciopelo negro: velo Clotilde, Pañolón de cachemir. Guantes violeta.

ESPLICACION DE LA HOJA DE PATRONES.

Núm. 1 Cuello: al pasado rico y calados.—2 Guarnicion: id. id.—3 Embutido: id. id.—4 Guarnicion: feston y ojete.—5 Pañuelo: al pasado rico.—6 y 7 Gorro griego: cordoncillo de oro sobre paño de terciopelo.—8 Embutido: al pasado.—9 y 10 Cuello y puño: al pasado y bordado ligero.—11 Esquina para pañuelo A. F. ligadas: al pasado y bordado ligero.—12 y 13 Embutidos: al pasado.—14 Embutido: bordado inglés y ligero.—15 Esquina para pañuelo, Isabel: al pasado rico.—16 Id., id. M. P.: id. ó feston.—17 y 18 Cuello y puño: feston y ojete.—19 Banda: al pasado y calados.—20 Guarnicion: id. id.—21 Id.: feston.—22 Pañuelo: al pasado, feston y punto de armas, agregándole al filo un encaje de valencienne ó de

guipure.—23 Esquina para pañuelo M. D.: al pasado y bordado rico.—24 Pañuelo: al pasado, feston y lunares.—25 Esquina para pañuelo B. C.: al pasado y lunares.—26 R. M.: al pasado.—27 Y. H. C. ligadas: id.—28 E. M. Z. id.: id.—29 M. H. R. id.: id.—30 V. H. R. id.: id.—31 G. H. R. id.: id.—32 V. B.: al pasado.—33 P. R.: id.—34 M. R.: id.—35 C. E. ligadas: id.

CAPA LADY ENRIQUETA.

Núm. 1 Delantero.—2 Continuación del mismo que se ha puesto separado por no caber en el patron, debiéndose unir por las señales indicadas y por las letras B y C.—3 Manga: esta se une á la costura de la espalda desde la letra D á la E del delantero. Lo demás de ella cae sobre el costado uniéndola á lo largo de la capa en toda la línea marcada por la letra A.—4 Mitad de la espalda.—Continuación del núm. 4 que hemos separado por la misma razón que la del núm. 1, y se unirá por las señales marcadas y las letras F G.—6 Conjunto de la capa: la cual se hace de paño, galoneada de terciopelo negro.

7 Esquina para pañuelo, Paca Martinez: al pasado y bordado ligero.

ADVERTENCIAS.

Los Señores suscritores que no han renovado su suscripción, solo recibirán hoy la portada y cubierta que corresponden al tomo del año que terminó con el anterior número.

La distribución de las láminas de acero ofrecidas en el prospecto no puede llevarse á cabo hasta el próximo mes de Febrero, en el cual las recibirán los suscritores que hayan adquirido derecho á ellas. Damos en su lugar figurin doble y tapicería.

Tenemos el gusto de anunciar que muy en breve publicaremos una serie de artículos con el título de: *Galería de mujeres célebres*, debidos á la felicísima pluma de nuestra distinguida colaboradora D.^a María del Pilar Sinués de Marco.

En el próximo cuaderno insertaremos la correspondencia del pasado mes, cuya determinación tomamos para poder dar cabida á otros materiales de interés general.

SUMARIO.—*Un nido de palomas*, por Doña María del Pilar Sinués de Marco.—*Las siete virtudes capitales*, por Doña Robustiana Armiño de Cuesta.—*Escenas de mi vida*, por D. A. Ribot y Fontseré.—*Elegía*, por D. Juan Clemente Zenea.—*El amanecer*, por D. J. A. Quintero.—*En un álbum*, por D. Juan Clemente Zenea.—*La vejez*, por D. Victoriano

Martinez Muller.—*Las hijas del Cid*, por D. Juan Miguel de Arrambide.—*Otro año*, por D. José Selgas.—*Con mal ó con bien á los tuyos te tén*, por Fernán Caballero.—*Crítica literaria*, por D. Adolfo de Castro.—*Fátima*, novela por D. Pedro de Prado y Torres.—*Estudios histórico-críticos sobre la decadencia de la literatura española*, por D. B. D. de R.—*Revista de teatros*, por D. Francisco Flores Arenas.—*Opinion de la prensa de Sevilla respecto de la Señora Peruzzi*, tomado del *Porvenir*, periódico de Sevilla.—*Modas de París*, por Mme. Juliette Lormeau.—*Esplicación del figurin de modas*.—*Id. de la hoja doble de patrones y bordados*.—*Geroglífico*.

LAMINAS.—*Figurin para vestidos de señoras*.—*Idem de niños*.—*Dibujo de tapicería en colores*.—*Hoja doble de patrones y bordados*.

SOLUCION DEL GEROGLÍFICO ANTERIOR.

*Mi mujer es un tesoro,
Mas no envidies mi riqueza
O la atormentan caprichos,
O la mata la pereza.*

EDITOR RESPONSABLE:

DON LÁZARO ESTRUCH Y FERNANDEZ.

CADIZ: 1860.—Imprenta de la Revista Médica á cargo de Don Juan Bautista de Gaona, plaza de la Constitución número 11.

